

PSIONICA

Peter Kapra

PETER KAPRA

«PSIÓNICA»

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Dr. Julián Álvarez, 151
BUENOS AIRES

Portada: R. CORTIELLA

Depósito Legal: B. 42929 -1971

Printed in Spain - Impreso en España
Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

Capítulo Primero

ABISMOS DESCONOCIDOS

A principios del siglo XXI, el mundo empezaba a estar gobernado por sociedades secretas. El adagio de «la mano derecha no debe conocer los movimientos de la mano izquierda» se había impuesto como una necesidad ineludible de supervivencia.

Los hombres importantes, los sabios más preclaros, estaban ocultos, trabajando en las sombras, protegidos por organizaciones privadas. La ciencia, como en la edad media, había pasado a los claustros de las cajas acorazadas. Ya nadie se aventuraba a registrar una patente por considerarlo anacrónico, ni comunicaba a sus colegas del extranjero los descubrimientos más importantes.

Secreto, sigilo, cautela y misterio.

Una ley no escrita en los códigos, cada vez menos leídos, señalaba que la verdad era una utopía y la razón la tenía el más fuerte. Sin embargo, las sociedades secretas no demostraban su fuerza o su poder; esto sólo se hacía de modo discreto, callado, silenciosamente.

Si la junta ejecutiva de un consorcio industrial o técnico consideraba que determinado individuo entorpecía su desarrollo o programa, se le eliminaba de distintos modos. Matar, encarcelar en prisiones privadas o, simplemente, «eliminar» —éste era el método más frecuente, sin importar mucho cómo se hiciera— era ley natural de autodefensa. Y cuanto mayor era la importancia de un hombre, más inadvertido pasaba entre la gente.

Del espionaje político militar de antaño, se había pasado a una guerra secreta a escala industrial y técnica. Y, forzosamente, detrás de los grandes «trusts» internacionales, había intereses anónimos, hombres armados, pistoleros y hasta asesinos.

Hacía ya bastantes años que la política económica de los países, desgastada por presiones fluctuantes, por especulaciones y maniobras indecorosas, había obligado a los bancos de todo el mundo a aceptar la cuenta corriente anónima. Ya nadie quería que se supiera el dinero que tenía. Esto era privado, secreto; se podía depositar todo el dinero que se quisiera en los bancos y únicamente constaba en ellos el número de clave sólo conocido por el cliente y el banco.

Cualquier cheque que fuese presentado al cobro con una clave determinada era pagado en el acto sin ningún pretexto, mientras

hubiera fondos en la cuenta de la clave correspondiente.

El número de millonarios que había en el mundo era desconocido. Por lo tanto, únicamente los signos externos, la apariencia, el modo de vivir o de gastar, podía indicar quién era accionista de alguna sociedad, o un simple obrero, insignificante miembro, de una empresa más o menos importante.

Continuaba la competencia, más agresiva y férrea que nunca, en la lucha por la existencia; y las autoridades gubernamentales iban perdiendo progresivamente su prestigio, porque cualquier individuo prefería más obedecer las órdenes secretas del «trusts» donde trabajaba, que era su vida y la de su familia, que acatar designios que muchas veces obedecían a intereses bastardos.

Antes de finalizar el siglo XX, los sindicatos se convirtieron en meras entelequias. Pertenecer públicamente a este o aquel grupo o partido era ruinoso y poco rentable.

Sin embargo, el mundo, la vieja Tierra, continuaba girando, siempre inmutable, como si los problemas de los hombres no le afectasen; como poco importa al paquidermo el insecto que se pasea por su lomo.

La historia avanzaba por inextricables vericuetos, marcada por la angustiosa y continua necesidad de vivir.

Sin embargo, dentro de tal desesperado orden de cosas, la sociedad había conseguido grandes logros científicos, técnicos e intelectuales. La cultura, fruto de la enseñanza, era muy superior a los siglos anteriores y el pueblo asistía a la Universidad.

Había una gran competencia comercial en todo el mundo, y los proteccionismos oficiales fueron arrasados por las protestas y las agresiones de la última década del siglo XX. Libertad de comercio, libertad de religión, libertad de ideas. Donde no había libertad era en la vida misma. Cualquier sociedad secreta, defendiendo lo que consideraba legítimos intereses, podía atentar contra la vida de los demás.

Y la fuerza pública apenas podía hacer nada contra aquellos organismos solapados, cuya organización técnica era, con frecuencia, superior a la de la propia policía estatal.

En realidad, cualquier gobierno era también una especie de sociedad secreta, puesto que nadie ignoraba que el Presidente de la Federación Americana, por ejemplo, era un individuo formado, preparado y elegido por comisiones ejecutivas de las sociedades secretas... Lo que antaño se había dado en llamar «grupos de presión».

* * *

Una famosa organización industrial norteamericana, la «E. R. I.» —*Electronical Researches Inc.* —, con sede en Nueva York y filiales en todos los lugares del mundo y hasta en las dos grandes colonias lunares, estaba dirigida por una mujer de veinticinco años.

La comisión ejecutiva la componían otras nueve muchachas, especializadas todas ellas en asuntos financieros, ¡naturalmente!, y cada una en distintos aspectos de la electrónica. Natural y lógico, dado el carácter técnico de la empresa.

La anterior comisión ejecutiva de la «E. R. I.» había sido eliminada por medio de un sabotaje aéreo. Alguna empresa de la competencia pudo averiguar que iba a celebrarse una reunión en el aire y sus agentes actuaron con rigor inexorable.

Thelma Bird fue requerida desde la central para que organizara la nueva comisión. Nadie sabía quién era ni cómo se llamaba. Sólo se la conocía con el número clave de accionista de la compañía. Le enviaron un «test», de ciento veinte páginas — ¡un verdadero poema sólo inteligible para los ordenadores electrónicos! —, que ella recogió secretamente de una lista de correos de Nueva York, y contestó acertadamente.

De este modo, los destinos de la «E. R. I.» pasaron a depender de una mujer joven y bonita. Y de sus decisiones y aciertos habrían de depender más de ciento veinte mil empleados que la empresa tenía repartidos por todo el mundo.

Thelma Bird no realizó ninguna gestión importante durante los primeros seis meses, excepto la de organizar su comisión ejecutiva. Cuando la tuvo completa, instalada secretamente en dónde nadie podía descubrirla, conectada a las principales agencias de la firma, inició el plan de acción general y asignó a cada una de sus colaboradoras una determinada misión que cumplir.

A raíz de esto, una oficina de proyectos publicitarios de Manhattan, la *Nash Publicity Agency,* recibió un talón-clave, de ochenta mil dólares, «por el rapto del doctor Frank Twining y su colaborador, el tibetano Adashi Omga».

Las instrucciones las recibió el director ejecutivo de la «Nash, P. A.», directamente, por videófono, de una colaboradora de Thelma Bird, que era la encargada del plan «JTBN-2». La joven apareció en la pantalla con el rostro cubierto por una máscara.

— Queremos al doctor Twining y a Omga antes de diez días — exigió la consejera enmascarada.

— Los tendrán. ¿Qué hacemos con ellos?

— Llevarlos al muelle deportivo del «N. Y. Nautic». El yate «Nellie-500» les estará esperando.

— ¿Los entregamos a su patrón?

— Sí. En ese momento, su misión habrá terminado. Otros se encargarán del resto.

— Otra cosa. ¿Qué referencias puede darnos del doctor Twining y su colaborador?

— Vive en una mansión de New Brunswick, 476 de Marwell Road, concretamente. Tiene como profesión la de botánico. Adashi Omga vive con él clandestinamente. Le visitan algunos científicos, y hay varias compañías electrónicas interesadas en sus investigaciones.

»¡Queremos al doctor Twining antes de que otros se apoderen de él!

— ¿Y si ocurriera que llegásemos tarde?

— Tendrían que buscarlo. No queremos fallos. Hemos trabajado para ustedes en otras ocasiones y poseemos pruebas de su competencia y eficacia. No nos defrauden o perderán un buen cliente.

— Descuide. Si algo ocurre, ¿cómo me pongo en contacto con ustedes?

— Sección de anuncios del «Tablett» de Detroit.

Siglas: T. G. W. busca a W. G. T. ¿Ha comprendido? Yo le llamaré.

— De acuerdo. Por si lo ignora, disponemos de control videofónico privado, radio de frecuencia omicrónica y sintonía «Grawer».

— Lo sabemos. La página de anuncios del «Tablett» es menos sospechosa y más discreta de lo que parece. Nada más. Confiamos en ustedes.

— De acuerdo. Y gracias por su confianza.

El engranaje misterioso que se ocultaba detrás de la agencia publicitaria se puso en movimiento y cuatro hombres clave de la organización, en distintos lugares de Nueva York, recibieron órdenes de actuar a la mayor brevedad posible.

La «Nash, P. A.» jamás había defraudado a la «E. R. I.», aunque ambas empresas ignorasen lo que había detrás de cada una de ellas, y ni siquiera supieran cómo actuaban ni quién las dirigía.

* * *

Un automóvil electrónico ultramoderno, de color azul cielo, con carrocería aerodinámica de «cronilo» — metal liviano y resistente— se detuvo en el aparcamiento privado del 476 de Marwell Road, junto al invernadero del doctor Frank Twining, que figuraba como

«doctor en botánica».

El conductor, un hombre joven, alto, de aspecto agradable, elegantemente vestido, según la moda de la época, con gafas «torpedo» y chaqueta de «fenil» rojo, descendió del vehículo, miró al otro lado de la calle y luego en tomo suyo. Más tarde terminó por seguir el sendero que conducía a la casa del doctor Twining.

Al pasar por entre dos células fotoeléctricas, un zumbador sonó en el interior de la casa. A los pocos minutos, se abrió un recuadro junto a la puerta y apareció una mujer de unos cuarenta y cinco años, bien parecida y conservada.

— Buenas tardes —saludó el joven, con una sonrisa, a la vez que mostraba una cartulina metílica, de color plateado—. Soy Ernie Young, ingeniero selenógrafo.

Todos los relacionados con la Luna, obreros, técnicos, astronautas y eruditos en temas lunares, eran poco sospechosos en la vieja Tierra. No se podía confiar en nadie de aquel confuso mundo, pero a los relacionados, de un modo u otro, con el satélite natural del planeta se les concedía un margen de relativa confianza.

— ¿Qué desea usted?

— Hablar con el doctor Twining.

— Está muy atareado y no desea que se le moleste. Sin embargo, puede usted exponer el motivo de su visita y volver mañana, por si le es posible recibirle.

El joven pareció contrariado.

— Tengo poco tiempo, señora. Debo volver mañana a «Constelation». Se trata de… Bueno, queremos conocer su opinión para hacer determinadas siembras de plantas en tierra lunar. Créame que es muy importante. Me ha recomendado a él el doctor Thompson, de Indiana.

La dama pareció vacilar entonces. La postura del joven no era sospechosa. Tenía el aspecto de los millares de hombres que trataban de convertir la Luna en un lugar habitable. Parecía sereno, audaz, inteligente.

— Está bien, pase usted, señor Young. Avisaré a mi esposo.

— Gracias, señora Twining.

La puerta se abrió y Ernie Young penetró en un moderno y elegante vestíbulo. La señora Twining le indicó un asiento, mientras cerraba y decía:

— Siéntese, por favor. Avisaré a Frank. Espero que pueda concederle unos minutos.

El visitante se sentó y tomó un libro que había sobre una mesita Contigua, mientras la señora Twining desaparecía por una puerta

lateral, por la que asomó, de repente, un sujeto vestido con un quimono de color negro.

Era un sujeto extraño, delgado, de ojos ligeramente oblicuos, cabeza rasurada, altos pómulos y labios finos.

— Buenos días, señor Young —habló aquel enigmático individuo, inclinando levemente la cabeza—. Esperábamos su visita.

— ¿Me esperaban? — se sorprendió Ernie, empezando a levantarse.

— Por favor, no se levante. Soy el lama Adashi Omga, ayudante y colaborador del doctor Twining. Le diré más. Sabemos que la importante empresa *Ross & Yukawe Technical Cyborg,* de Tokio, le iba a enviar a usted.

La cara de Ernie Young se contrajo a causa de la sorpresa.

— ¿Lo sabían?

— Sí. Sabemos que tienes ustedes interés de tipo «psiónico» por los experimentos que realiza el doctor Twining. Y por eso ha venido.

— Bien… Confieso que es cierto —admitió Ernie—. Pero me sorprende que sepa usted…

— ¡Yo sé todo lo que ocurre en la mente de los hombres, señor Young! —exclamó el tibetano—. El informe que recibieron ustedes de nuestras experiencias parapsicológicas y extrasensoriales es fidedigno.

— Sí, eso empiezo a sospechar. Lo que no entiendo es la razón por la cual se han dirigido a nosotros.

— Le sacaré de dudas. Es una simple cuestión de economía compensativa. El doctor Twining inició esos trabajos por cuenta de la «E. R. I.», cuyos dirigentes le prometieron una cantidad que jamás llegaron a pagarle. Por esto ahora establecemos contacto con ustedes.

— Si el doctor Twining me demuestra que sus conocimientos científicos son rigurosamente exactos, la empresa que represento aceptará la compensación económica.

— Gracias, señor Young. Nos sentimos muy honrados con su presencia. Sabemos que es usted el presidente de la comisión ejecutiva de la «R. Y. T. C.».

Ernie Young se movió inquieto en su asiento.

— Nadie sabe…

— Nosotros, sí. Pero puede confiar tanto en el doctor Twining como en mí. No se arrepentirá.

— Es mucho lo que estoy arriesgando en esto — confesó Ernie Young, en el momento en que aparecía el doctor Frank Twining.

Entró por la misma puerta que había aparecido Adashi Omga. Saludó cordialmente a su joven visitante y luego le preguntó:

— ¿Le ha demostrado Adashi que valía la pena venir?

— Me ha dicho cosas sorprendentes.

— Adashi no recordaría nada de lo que me comunica en estado de trance hipnótico. Pero yo grabo sus palabras. Me dijo que vendría usted, ¡precisamente hoy!, y hasta me dio sus señas. ¿Quiere escuchar esa grabación?

— Sí, me gustaría.

— Venga usted al gabinete… Acompáñanos, Adashi.

Los tres hombres se dirigieron al interior del edificio por un pasillo central. No se trataba de un gabinete secreto, ni mucho menos, pero era un lugar aislado convenientemente provisto de cómodos muebles. Sobre una mesa de metal se veían algunas grabadoras electrónicas, todas de la misma marca: «E. R. I.», capaces de reproducir con suma fidelidad el sonido y la imagen impresa en cinta magnética.

El doctor Twining puso en marcha la grabadora de mayor tamaño.

— Es un magnetoscopio «E. R. I.», de gran nitidez. Deberían introducir ustedes en sus grabadoras la banda de policromía «Wafsman».

— Todavía no poseemos el potencial técnico de la «E. R. I.», doctor Twining —contestó Ernie—. Pero no tardaremos en superarles… ¡si ustedes nos ayudan!

— Puede contar con ello, señor Young.

En la pantalla surgió la figura de Adashi Omga, sentado en una silla metálica del gabinete. Se hallaba en estado de trance. Frente a él, el falso botánico, doctor Twining, le interrogaba:

«—¿Has captado la presencia de algún ejecutivo de la «R. Y. T. C.» del Japón, Adashi?

«—Sí, doctor. He visto a un hombre joven, bien parecido, moderno… Se llama Ernie Young… Tiene el propósito de llegar a Nueva York dentro de tres días… Vendrá a vernos y llegaremos a un acuerdo. Sin embargo, hay algo que se cierne como una sombra… No logro adivinarlo…».

El doctor Twining cortó la reproducción bruscamente.

— ¿A qué se ha referido Adashi? —preguntó Ernie Young.

— A nada en concreto. En su mente se crean precogniciones extrañas, a las que llama sombras. Son sensaciones de peligro, más bien impresiones subyacentes. Vivimos una época de constante tensión y eso le afecta.

— ¿No tendrán ustedes inconveniente en trasladarse a otro lugar más seguro? —preguntó Ernie Young—. Quiero decir si aceptarán dejar esto y venir conmigo a Oriente.

— ¿Están ustedes dispuestos a concedernos lo que hemos pedido?

— Sí, por supuesto.

— Entonces, no tenemos inconveniente en ir donde nos manden. Trabajaremos para la «R. Y. T. C.» con sumo gusto.

— Dentro de una semana recibirán instrucciones concretas.

Capítulo II

LOS MISTERIOS DE LA «PSIÓNICA»

Aquella misma noche, mientras celebraban el ventajoso acuerdo, el doctor Twining, su colaborador y la señora Twining, el zumbador avisó de que alguien había cruzado la célula fotoeléctrica instalada en el sendero.

Los tres habitantes del 47 de Marwell Road se miraron entre sí, sorprendidos.

— ¿Quién puede ser a estas horas? —preguntó el doctor, poniéndose en pie.

Un pulsador electrónico movió un tablero, tras el que había una pantalla telescópica, conectada a distintas cámaras ocultas y situadas en tomo a la casa. Los rayos infrarrojos iluminaban la imagen.

Twining pudo ver, detenido ante la puerta de entrada, a un empleado del servicio de urgencia de correos.

— Ve a ver qué quiere, Elga. Parece que trae un mensaje urgente.

La señora Twining examinó la pantalla, vio al hombre de uniforme y se dirigió confiadamente al vestíbulo. De haber sido un desconocido, habría utilizado la mirilla, pero un empleado de correos le inspiró confianza y abrió directamente la puerta.

Nada más hacerlo, un fuerte olor le golpeó el rostro. Abrió la boca, jadeando, y hubiese caído al suelo si el «empleado de correos», que ahora empuñaba una pistola de gases, no la hubiese sostenido. Rápidamente entró en el vestíbulo y depositó a la mujer en una butaca próxima.

Dos individuos más surgieron de las sombras, junto al invernadero, y entraron apresuradamente en la casa, cuya puerta cerraron. Mientras, en la calle un furgón con el letrero de una conocida agencia de reparto se situaba frente a la casa.

Debían conocer perfectamente el terreno que pisaban, puesto que los tres se dirigieron, sin perder un segundo, hacia el comedor, donde se encontraban Frank Twining y Adashi Omga. Excepto el falso cartero, que llevaba cejas, labios, bigote y pómulos artificiales, los otros dos utilizaban máscaras de «látex» poroso, perfectamente ajustadas al rostro.

¡Y todos empuñaban potentes pistolas de gas!

El doctor Twining y su colaborador apenas pudieron hacer un gesto de instintiva defensa al irrumpir los tres intrusos en el

comedor. Adashi se puso en pie, volcando la silla, pero el gas disparado por uno de los atacantes le envolvió la cabeza.

Cayó sobre el pavimento, donde quedó inmóvil. Por su parte, Twining fue alcanzado por el gas antes de que pudiera incorporarse.

El falso cartero, que parecía ser el más fuerte de los tres hombres, levantó del suelo a Adashi Omga y se lo cargó al hombro. Entre los otros dos alzaron al doctor Twining.

En pocos minutos, los dos hombres inconscientes, fueron sacados al exterior y conducidos al furgón de reparto. Sus raptores subieron con pasmosa celeridad al furgón.

El vehículo se puso en marcha, desviándose a la derecha en la esquina próxima, para luego dirigirse hacia Nueva York.

Dos horas después, aproximadamente, el furgón de reparto se detenía en el muelle deportivo del «Nautic» de Nueva York, justamente donde estaba atracado el majestuoso yate «Nellie-520», cuyo propietario debía ser un personaje influyente de la localidad, pero al que muy poca gente conocía.

Dos cajas precintadas, de regulares dimensiones, fueron descargadas en las sombras por cuatro hombres que no eran los mismos que realizaron el secuestro, y recogidas por los marineros que esperaban en el yate.

Las cajas fueron colocadas prestamente bajo la cubierta, mientras el furgón se alejaba. Pronto soltaron amarras y el yate despegaba del embarcadero, haciéndose a la mar en la oscuridad.

Durante el resto de la noche, el yate «Nellie-520» estuvo navegando por el Atlántico, hacia un rumbo sólo conocido por el dueño, hombre que no salió siquiera una vez del puente y en donde ningún marinero podía penetrar. Las órdenes las daba el capitán a través de amplificadores.

Alboreaba cuando el yate detuvo sus máquinas y el dueño tomó unos prismáticos, con los que estuvo examinando el horizonte en todas direcciones. Estaban lejos de las rutas marítimas comerciales. Ni siquiera era de esperar el paso de aviones por allí.

Después de comprobar que nadie les observaba, utilizó un aparato secreto que llevaba oculto en el puente. Luego, la nave fue puesta al pairo, a esperar.

La espera no fue larga. Unos diez minutos después, al costado del «Nellie-520» emergió un extraño submarino, de pequeño tamaño, sin torre de observación ni periscopio. Se abrió en él una escotilla central y aparecieron por ella seis hombres completamente vestidos de negro, con trajes de inmersión.

Los marineros del «Nellie-520» les entregaron las dos cajas de

madera, sin intercambiar palabra y aquellas figuras surgidas del fondo del mar las introdujeron en el pequeño submarino.

El yate se alejó entonces a gran velocidad, mientras el otro navío, cerrada ya la escotilla, volvía a sumergirse y descendía hacia las profundidades marinas.

Dentro del submarino, dos hombres abrieron las cajas, tras romper los precintos. El doctor Frank Twining y el lama Adashi Omga, todavía inconscientes, como si durmieran plácidamente, fueron sacados de sus encierros y colocados sobre dos estrechas literas.

El submarino no descendió a gran profundidad. El fondo del mar era rocoso allí abajo, abrupto y claro. A través de los visores de seguridad, el piloto podía ver perfectamente cuanto les rodeaba, y por esto dirigió el sumergible hacia una hendidura de la roca.

En medio de la inquietud y el silencio de las aguas, el submarino se introdujo por una estrecha garganta, en la que no había fauna marina, teniendo de encender los dos focos que llevaba en la proa, porque la oscuridad empezó a teñir las aguas.

Poco después penetraba en un ancho túnel, que parecía estar hecha de obra, como una especie de dique submarino, al fondo del cual había una chimenea circular, de unos cuarenta metros de diámetro, donde reinaba una gran claridad, procedente de la parte superior.

El sumergible ascendió por aquella chimenea hasta salir a la superficie de lo que era una enorme caverna submarina, profusamente iluminada con focos eléctricos, y junto a un muelle donde había varias embarcaciones sumergibles.

A unos veinte metros del desembarcadero se alzaban modernos edificios metálicos, brillantes, con grandes ventanas. Había vehículos de tierras, grúas sobre raíles, y muchas personas que vestían despreocupadamente.

Un enorme anuncio indicaba que aquello era la Central Secreta del «E. R. I.».

* * *

El doctor Frank Twining recobró el sentido y se encontró en una estancia de ambiente agradable, fresca, cómoda, que en nada se parecía a una celda, a pesar de no tener ventanas y la puerta estar cerrada por fuera.

Había una librería, un «play-music», un televisor de selector múltiple, un mueble-bar, cómodos sillones, bonitos cuadros que reproducían obras de pintores famosos, y todo cuanto pudiera

necesitar un hombre privado de libertad, como cuarto de aseo anejo, cama empotrada en el muro, prendas de ropa, zapatos, etc.

Durante los primeros minutos, Frank Twining trató de recordar lo que le había sucedido. Luego, quiso saber dónde se encontraba y lo registró todo, hasta dar con un videófono, con una placa metálica que indicaba: «Información-1».

Llamó al número uno y la pantalla se iluminó apareciendo en ella el rostro de una hermosa muchacha.

— Oiga, ¿dónde estoy? —preguntó el doctor Twining.

— Se encuentra usted en la Base de Operaciones del Comité Ejecutivo de la *Electronical Researches Inc.* ¿Qué tal se encuentra, señor Twining?

— ¿Quién es el responsable de esto? ¿Por qué me han atacado, sacado de mi domicilio y traído aquí contra mi voluntad?

— Lo siento, señor. En su momento le serán dadas todas las explicaciones que desee. Por ahora, debe usted esperar.

— ¿Esperar qué? ¿Esto es un atropello, un atentado a mí…?

— Le ruego que no se excite. Si necesita usted algo, avísenos y se lo facilitaremos. Buenos días, señor Twining.

La pantalla se apagó y el doctor Frank Twining tuvo que aceptar su suerte y resignarse a su cautiverio.

Por suerte, no esperó más de una hora. Estaba hojeando un libro técnico cuando se abrió la puerta. Dos hombres altos y jóvenes, uniformados y provistos de armas biónicas, aparecieron ante él.

— ¿Tiene usted la bondad de acompañarnos, doctor Twining? —preguntó uno.

— Sí. ¿Dónde vamos?

— La señorita Bird quiere verle.

De aquella celda Twining fue conducido a un ascensor. Subieron varios pisos y salieron a un amplio vestíbulo, decorado con profusión de tonos rojos, lujosamente alfombrado, y en la que había más de una docena de puertas electrónicas. Una de ellas la más grande, les llevó a un antedespacho, donde trabajaban cuatro hermosas muchachas, delante de los controles de sus máquinas electrónicas de registro, información, archivo y clasificación.

Una de aquellas jóvenes se levantó y fue hacia una puerta plateada, en la que se leía: Presidente del Comité Ejecutivo del «E. R. I.».

— Pueden pasar —dijo— La señorita Bird les espera.

Twining y su escolta cruzaron el umbral. El amplio y señorial despacho era algo maravilloso, decorado en rosa, oro y platino, con muebles suntuosos, bellas alfombras, cuadros auténticos, sillones

tapizados con las mejores pieles, y una mesa en forma de herradura, tras la que se sentaba una criatura deliciosa, de cabellos dorados y cortos, blusa de flores, muy descotada, rostro ovalado, ojos grandes, inteligentes y claros y gestos refinados, pero autoritarios.

— Siéntese, por favor, doctor Twining. Soy Thelma Bird y presido el comité ejecutivo de la «E. R. I.». Lamentó haberme visto obligada a ordenar su inmediato traslado a este lugar. Espero que le hayan tratado bien.

— ¡Es usted una…!

— No diga usted nada de lo que luego tenga que arrepentirse — Thelma Bird miró a los guardianes que habían acompañado al doctor Twining y añadió—. Pueden salir y esperar fuera. Gracias.

Los dos hombres saludaron y se retiraron.

— Así estaremos más tranquilos. ¿Un cigarrillo, doctor?

Thelma Bird accionó uno de los botones de su mesa y, delante de Frank Twining, como por arte de magia, surgió una cigarrera, que brotó electrónicamente del pavimento y que contenía todas las marcas imaginables de tabaco. Un eléctrico encendedor permitió a Twining encender un cigarrillo aromático que previamente había elegido.

Thelma Bird, frente a él, parapetada detrás de su mesa, sonreía.

— Se precipitó usted, doctor Twining. Si nosotros no mejoramos sus condiciones económicas fue por un motivo que debe conocer. Todo el comité ejecutivo del «E. R. I.» fue asesinado en un sabotaje aéreo que nos hizo la competencia. No sabemos cómo pudo ocurrir, ni quién lo dirigió, pero fue así. Durante unos meses hemos estado desorientados, casi al borde del desastre. Imagínese lo que representa un golpe semejante.

»Por fortuna, hemos podido rehacemos. Son muchas las cosas que había pendientes, y su caso estaba entre ellos. Lamentamos que usted interpretase nuestro silencio como desatención, cuando era totalmente lo contrario.

»Lo que no podemos permitir es que se vaya usted a colaborar con la «R. Y. T. C.» puesto que nos interesan sus investigaciones «psiónicas». Por esto le hemos traído aquí para sustraerle a los agentes de esa empresa.

Frank Twining no había despegado los labios. Ahora dijo:

— No soy partidario de métodos violentos, señorita Bird.

— ¡Yo no los he impuesto! ¡Fueron los demás!

¡Nosotros no hacemos más que defender nuestros intereses vitales!

— ¡Han cometido ustedes conmigo un acto insultante y ofensivo

que no puedo justificar!

— Lo siento. De no haber actuado así, rápida y certeramente, nuestros adversarios se nos habrían adelantado. Sabemos que las investigaciones realizadas por usted y su colaborador Adashi Omga son de la mayor transcendencia. Por ningún concepto puede usted ir a colaborar con la «R. Y. T. C.». En primer lugar, porque usted es norteamericano y esa firma es extranjera; en segundo lugar, porque nosotros le garantizamos una compensación mucho mayor que la de ellos.

— ¡Ellos resolvían todas mis aspiraciones; eso fue, al menos, lo que me dijeron!

— Nosotros también. Le repito: no discutiremos sus emolumentos. Sin embargo, sus trabajos y experimentos habrá de realizarlos aquí.

— ¿Aquí? ¿Dónde estamos?

— En nuestra base secreta, lejos del mundo. Aquí no corre usted el menor peligro.

— ¡Pero yo no puedo trabajar sin Adashi Omga!

— Lo hemos traído también.

— ¿Y mi esposa?

— Se ha quedado en su mansión. Cuando terminen los experimentos, podrá usted reunirse con ella. También podrá conversar con ella por medio de nuestros controles de comunicación exterior. No tema. Pronto podrá hablar con su esposa.

— ¿Está Adashi aquí?

— Sí, naturalmente. Hoy mismo podrán ponerse a trabajar. Disponemos de unos magníficos laboratorios y serán ayudados por nuestros técnicos.

Frank Twining pareció dudar unos instantes. Luego expuso:

— Yo no puedo decidir nada… sin consultar con Adashi Omga. Él es insustituible, Se trata de una mente yogui privilegiada, capaz de la concentración más intensa. Mi única labor es obtener la aplicación técnica de sus extraordinarios dominios mentales.

— Escuche, doctor Twining —habló claramente Thelma Bird, que era una mujer práctica—; sé muy bien quién es usted y lo mucho que ha trabajado en parapsicología. También sé que un cerebro como el de Adashi Omga no se encuentra todos los días.

»Por esos motivos, estamos dispuestos a pagar por sus servicios, de suerte que ninguno de los dos se sienta descontento. Superaremos otras ofertas, si han existido. Pero por ningún concepto les dejaremos salir.

— ¿Quiere usted decir que nos van a mantener prisioneros?

— Gozarán ustedes de la misma libertad que disfruto yo en esta base. Es una pequeña ciudad, amena y divertida, pero no podrán salir al exterior.

— Entonces, no colaboraremos — dijo Twining.

— Si se obstina en desobedecer, podemos ser más severos, doctor Twining. No bromeo. Es mucha la responsabilidad que he cargado sobre mis hombros para detenerme ante nada. Y su esposa, en New Brunswick, podía ser la primera en pagar las consecuencias.

— ¿Qué es lo que quieren de mí concretamente?

— Necesitamos sondear la mente de Adashi Omga, someterla a estudio técnico; extraer de ella los conocimientos extrasensoriales para aplicarlos a nuestros ordenadores «Zen-B-222». ¿Ha oído usted hablar de ellos?

Twining negó con la cabeza.

— Es lo más nuevo en perfeccionamientos biónicos. El programa trabajos lo dirige el profesor Walkess, creador del cerebro electrónico «Zen».

»En síntesis, hemos creado un ordenador general capaz de teledirigir mil robots, con capacidad creativa, psicológica y biónica.

— Pero…, ¡esos «cyborgs» serían más perfectos que el hombre mismo, señorita Bird! —exclamó el doctor Twining.

— El hombre es un ser bastante imperfecto, doctor — replicó Thelma—. Las últimas investigaciones al respecto demuestran que la mujer ya es más perfecta que el hombre.

Twining se sintió ofendido y replicó;

— No estoy muy convencido de la experiencia de Zimmerman, señorita Bird.

— ¿Duda usted que la esposa de Zimmerman haya gestado un hijo por medio de esperma artificial? — preguntó Thelma Bird, casi atónita.

— Apuesto a que es un caso de aberración natural.

— ¡Qué disparate! ¡Llegaremos a ser una raza híbrida, unisexual y prepotente; eso no lo dude usted, doctor Twining! Sé que es una eminencia en parapsicología, pero los fenómenos psicobiológicos se le escapan.

Twining no pudo evitar la comparación entre aquella hermosa mujer de ojos grandes e inteligentes y otro jefe ejecutivo, conocido hacía pocos días, Ernie Young, rival secreto de Thelma Bird, y jefe de la «R. Y. T. €.». El psicoanálisis de ambos podía ser un entretenimiento para los aciagos días de cautiverio que se avecinaban.

— Si nuestra raza ha de continuar viviendo, la mujer siempre

necesitará al hombre, y viceversa — declaró Twining, muy serio.

A lo que Thelma Bird respondió, un tanto irónicamente:

— Tal vez para recreo y distracción personal de la mujer. Se ha demostrado que, si todos los hombres murieran súbitamente, nosotras podríamos seguir reproduciendo la especie. Terminemos con esto... ¡Hablemos de los misterios de la «psiónica» y del super-cerebro electrónico del profesor Walkess! Usted y el lama Adashi Omga deben colaborar en su realización.

— Ordeno y mando —ironizó Twining—. Veremos lo que opina Adashi.

Capítulo III

PREPARATIVOS DE GUERRA PRIVADA

Thelma Bird habría quedado muy sorprendida, de haber podido ver la escena «amorosa» que tenía lugar en un lujoso hotel de Miami, semanas más tarde, entre un apuesto, elegante y moderno joven —Ernie Young, en persona— y una mujer de veintiséis años, llamada Alice Woodman.

Ernie Young sostenía una copa de champán en su mano izquierda, mientras abrazaba a la joven con la derecha y besaba sus labios con irreprimible pasión.

La sorpresa de Thelma Bird estaría justificada de haber conocido la identidad de Ernie Young, ¡pues sabía muy bien que Alice Woodman era una de los nueve miembros de su comité ejecutivo!

¡Un alto jefe del «E. R. I.», en brazos del jefe de la «R.Y.T.C.»!

Y, peor aún, Alice parecía estar dominada totalmente por su amante. Reía, gemía, balbuceada y se estremecía.

— Eres adorable, Ernie. ¿Quién puede resistirte? — decía.

— Háblame de Thelma Bird, cariño.

— Es una mujer de hielo, fría, calculadora, inquisitiva.

— ¿Por qué han elegido un comité de mujeres?

— ¡Ah, cariño mío; estamos de moda! Dicen que somos más perfectas que vosotros.

— Zimmerman es un embaucador. Su mujer se ha burlado de él y ahora pretende hacer creer al mundo que los niños pueden engendrarse por métodos artificiales. ¿Cómo puede haber gente tan necia?

— De cualquier modo, los principales accionistas del «E. R. I.» creen que nosotros salvaremos la situación. Yo estaba en la secretaría de nuestra delegación en Chicago. Alguien debió verme, le gusté y me propusieron para un examen.

— Eres muy inteligente, Alice. Debías ser la presidente de ese comité.

— Thelma es más inteligente que yo. Las computadoras no se equivocan en eso.

— Las computadoras pueden arreglarse. Yo te demostraría lo que es posible hacer cambiando de posición un simple circuito.

— ¿Entiendes de computadoras, Ernie?

— Soy ingeniero en nucleotronia.

— ¿Dónde trabajas?

— ¡Ah, yo soy neutral, encanto! —exclamó Ernie, sonriendo

sagazmente—. En realidad, no trabajo para nadie. Vivo independientemente. Poseo un apartamento en «Constelation», un pisito en París y otro en Río de Janeiro.

— ¿Tan rico eres?

— Lo que amasó mi abuelo Billy, unido a la fortuna de mis padres, me permitirá vivir tranquilamente el resto de mi vida, y creo que también a varios de mis hijos, cuando los tenga.

— Te felicito, Ernie. Yo he tenido que trabajar siempre.

— El trabajo es una virtud —contestó él, dejando su copa sobre la mesita y sentándose junto a ella—. Dejemos eso> sueño mío. Déjame darte todo mi amor.

Alicia Woodman se abandonó en los brazos de él. Jamás había conocido a nadie como Ernie Young. Le parecía estar soñando. Y todo no había sido más que un fortuito encuentro, en el vestíbulo del hotel; una mirada intensa, una zozobra y luego la próxima presencia de Ernie Young, junto al mostrador giratorio del «grill».

»—¿Puedo ver de cerca los ojos más fascinantes de Miami? —había susurrado él.

Alicia Woodman sufrió un estremecimiento, pero se rehízo. Tenía temple. Se volvió hacia el elegante galanteador y sonrió:

»—¿Mucho tiempo?

»— Unos segundos de ilusión — musitó él, mirándola intensamente a los ojos—. Jamás podré olvidarlos.

»—Desconocía esa táctica tan poética… Soy Alice Woodman, empleada en vacaciones.

»—Ernie Young, un parásito —replicó él, tendiendo su mano a la joven.

Todo fue así de fácil. Comieron juntos, se bañaron en Miami Beach a la luz de la luna, bailaron en el «Roma Danzing» y luego pasearon por los muelles hasta que se hizo de día.

Ernie Young no estaba con Alice Woodman por casualidad. Un informe confidencial le hizo buscar la ocasión de «tropezar» casualmente con ella. El jefe ejecutivo de la *Ross & Yukawe Technical Cyborg* no era un individuo capaz de hacer algo sin haber sido estudiado, investigado y sometido a examen previo.

Un informador, espía o agente, introducido en la organización «E. R. I.» señaló a Alice Woodman como un «nuevo y alto jefe ejecutivo». Era una simple sospecha. El agente lo indicó así, pero los indicios racionales hicieron moverse la maquinaria secreta de la «R. Y. T. C.», y, en pocos días, Ernie Young, en persona, entró en acción.

Tratándose de alguien tan allegado al centro motor del «E. R. I.»,

Ernie Young, que había sufrido un serio quebranto con la desaparición del doctor Twining y su colaborador, no quería dejar el asunto en manos de terceras personas.

Alice Woodman resultó cera moldeable en manos del sagaz, astuto y calculador Ernie Young. Y en dos días averiguó de ella casi todo lo que deseaba saber.

— Me gustaría conocer a Thelma Bird —dijo Ernie Young, poco después, tendido junto a su víctima, mientras miraba distraídamente al techo.

— ¿Para qué quieres conocer a Thelma? —preguntó Alice, sintiendo por vez primera la punzada de la desconfianza.

— Me has hablado tanto de ella... ¡No, no pienses mal, querida! Creo que las computadoras se equivocaron y tú debías ser la responsable de esa comisión.

— Gano casi igual que ella.

— Pero Thelma es la que manda.

— Nosotras también... ¡Oh, Ernie; dejemos eso! No puedo quejarme de mi suerte. Tengo más de lo que merezco. ¿Has visto el yate azul que hay en el extremo del malecón? Lo ha puesto la compañía a mi disposición.

— Es un cargo elevado el tuyo, pero de mucho riesgo. El «E. R. I.» es un complejo industrial muy grande.

— ¡Controlamos más de mil quinientas delegaciones en todo el mundo! —exclamó Alice, muy ufana.

— ¿Y cuántos comités ejecutivos han sido eliminados?

— ¡Bah, eso no me inquieta! Nadie, excepto tú, sabe quién...

Alice se detuvo, y miró aprensivamente a su acompañante.

— No se lo contarás a nadie, ¿verdad?

Él se incorporó y tomó las manos de ella. Dijo sonriendo.

— No, sólo me lo diré a mí mismo. En prueba de tu confianza, te diré que trabajo para la «R. Y. T. C.».

Alice dio un respingo y exclamó:

—¿Eh?

* * *

El doctor Twining dirigió el fluido de luz intermitente a los ojos de Adashi Omga, quien estaba semi-reclinado en una butaca ortopédica. Cerca del experimentador se encontraba un hombre alto y delgado, con barba y gafas. Era el doctor Ryanner, ayudante del director del programa «Zen», profesor Walkess.

Al otro lado de una pantalla visora, en una sala contigua, Thelma Bird y cuatro de sus colaboradoras, entre las que se

encontraba Alice Woodman, contemplaban el experimento, sentadas en cómodas butacas.

Twining habló con voz de tono suave y persuasivo:

— Ya estás dormido, Adashi... Debes penetrar en un sueño profundo, de relajación total... Duerme, Adashi... ¡Duerme profundamente!

El lama de la cabeza rapada se relajó. Sus brazos quedaron colgando fláccidamente.

El doctor Ryanner, a una seña de Frank Twining, se inclinó sobre el tibetano dormido y le examinó los párpados con una pequeña linterna. Luego, se volvió a un tablero de control, situado junto a ellos, y manipuló en algunos mandos. Cables eléctricos, con cátodos en sus extremos, fueron fijados sobre distintos lugares de la cabeza del médium, y sujetos con cinta adhesiva.

Durante esta operación, que duró unos tres minutos, el doctor Twining estuvo susurrando palabras extrañas, en lengua tibetana, en los oídos de Adashi.

En la sala contigua, Thelma Bird preguntó a la mujer que estaba a su derecha:

— ¿En qué lengua le habla, Connie?

— En tibetano. Adashi Omga se expresa en lengua materna. Pero hemos intercalado un selector de traducción electrónico. Todo lo que hablen lo escucharemos en inglés.

— Está bien.

Efectivamente, cuando el doctor Ryanner terminó con sus preparativos, hizo una seña a Twining, y este preguntó, ahora en tibetano:

— Concéntrate, Adashi. Necesitamos saber los elementos que han de componer el centro motor del ordenador general «Zen-B-222». Recuerda que deben ser elementos constitutivos de un circuito general para mil robots, como mínimo, destinados a plantas industriales donde se ha eliminado totalmente la mano de obra.

»Dicho de otra manera. El ordenador ha de dirigir el trabajo a distancia de mil cerebros simples. El programa de trabajo debe estar diversificado para distintas manipulaciones. El ordenador general radiará las instrucciones de acuerdo con el circuito extrasensorial que nosotros debemos hallar para ello.

El dormido Adashi se agitó levemente, como inquieto. Sin embargo, pronto empezó a decir:

— Es un circuito conectado a seis válvulas biónicas de torio fluórico. Posee cinco disyuntores de platino refinado, que conectarán alternativamente las válvulas pares con las impares.

»El selector de onda, de mil canales, será de germanio y reemplazable periódicamente.

— ¿Qué periodicidad? —preguntó Twining.

— Cada tres o cuatro años. Hay más. El circuito de programación está dentro de una caja enteramente aislada del magnetismo...

Mientras Adashi Omga hablaba, y las mujeres del comité ejecutivo escuchaban la traducción en inglés, sin comprender casi nada, Thelma Bird se volvió a Connie Wright. Detrás de ellas, Alice Woodman se inclinó hacia delante para no perderse ni una palabra.

— ¿Cómo puede saber todo eso, Connie?

— El doctor Twining me dijo que ese ordenador general ya ha existido en algún tiempo y lugar. El subconsciente cósmico de Adashi lo ha captado. Lleva tres días concentrado en el asunto. Ésta es la experimentación directa.

»Puede haber existido en otro tiempo, en otra civilización, en otro mundo, incluso en el infinito. Y también puede que no haya existido jamás, pero las fuerzas naturales de la materia están dominadas por la potencia de las fuerzas mentales e inteligentes del subconsciente de Adashi.

— ¿No es extraordinario? —preguntó Thelma, emocionada por la idea de que la mente de Adashi, por medio de la hipnosis, estuviese en contacto con las inteligencias del cosmos.

— ¡Es fantástico, Thelma! —replicó Connie—. El dúo Twining-Omga puede cambiar el concepto científico de todas las cosas. Valen su peso en oro mil veces Creo que debemos felicitarnos por tenerlos aquí.

— No permitiré que se nos escapen.

En el laboratorio contiguo, los doctores Twining y Ryanner trabajaban meticulosamente. Todo cuanto el tibetano Adashi decía iba quedando grabado en las bobinas de registro, para su posterior examen y clasificación.

De vez en cuando, Ryanner hacía una seña a Twining, para que repitiera preguntas, aclarase conceptos ambiguos o rectificase algo que no quedaba claro, a juzgar por las luces que parpadeaban en el tablero. El tecnicismo y la lengua tibetana discrepaban en ocasiones. Adashi repetía tales conceptos y hasta los expresó en inglés en dos ocasiones concretas.

Al fin, Twining hizo una pregunta definitiva:

— ¿De dónde has obtenido estos datos, Adashi?

— Estoy en una escuela de fenómenos nucleotrónicos... Hay hombre como nosotros, aunque algo más altos... Visten de modo

extraño, con ropas rígidas, de colores desconocidos, procedentes de una gama situada más allá del infrarrojo… Todo es completamente distinto, pero no es otro mundo, sino otra época.

»Aquí se utiliza el ordenador general para dirigir un ejército militar durante una lucha. Hay otro ordenador semejante, que utiliza el enemigo, en una nave. Los robots han de luchar sobre una gran superficie. Cada uno actuará según las circunstancias del combate, controlados por el ordenador.

— ¿Quiénes han de luchar? ¿Llegó a tener lugar esa lucha?

— Sí, hubo lucha… Venció el ordenador de la gran nave. Todos los robots fueron destruidos en tierra. Todo fue destruido… Ya no existió más un ordenador así. La nave se fue.

— El tiempo —avisó el doctor Ryanner.

Twining comprendió que ya no podía experimentar más en aquella sesión, sino quería perjudicar al tibetano Adashi. La prueba duraba ya treinta minutos.

Fueron retirados los cables de la cabeza de Adashi, para hacerle volver a la realidad. En la sala contigua, Thelma Bird y sus compañeras se pusieron en pie.

Connie Wright dijo:

— Se ha conseguido bastante. Hay que analizar y estudiar toda la información y pasarla a proyectos y programas, para que empiecen a extender las órdenes de ensayo.

— Sí, sí, Connie; que se haga, por supuesto. Estaré en mi despacho hasta las diez. A esa hora, tengo que partir para Nueva York.

— ¿Puedo ir contigo, Thelma? —preguntó Alice Woodman.

— ¿Qué tienes que hacer en Nueva York?

— Voy a Chicago, Thelma. Tengo asuntos particulares pendientes de solución.

— ¡Oh, Alice! Ya os hablé de los asuntos particulares en su día. Ahora tenemos obligaciones importantes que realizar. Te di quince días de permiso por prescripción facultativa, pero no podemos…

— Pude hacerlo mientras estuve en Miami, pero como me ordenaron descansar… ¡Por favor, Thelma!

— Está bien, Alice. ¿Cuántos días necesitas?

— Tres o cuatro a lo sumo. Ya tengo arreglado el expediente de intereses financieros y el de empresas auxiliares.

— ¿Qué opinas sobre la competencia de la empresa «R. Y. T. C.»? Me interesaba mucho…

— Negativa. Ni con un proceso de aceleración industrial y técnico del cincuenta por ciento anual podrían situarse a nuestro

nivel hasta dentro de cien años.

Thelma Bird, sonrió:

— No es eso lo que dicen nuestros agentes en Tokio. Pero tú tienes mejor información.

— Por supuesto, Thelma.

— Bien. Saldremos a las diez. A las tres de la mañana llegaremos a Nueva York. Te concederé tres días para tus asuntos particulares.

— Gracias, Thelma.

El grupo abandonó la salita. Alice Woodman y algunas más se fueron en uno de los ascensores inclinados, mientras que Thelma y Connie se dirigieron a la sección de estudios para cambiar impresiones con uno de los directores técnicos de programas biónicos.

Luego, ellas tomaron otro ascensor para dirigirse al despacho de Thelma. Fue entonces cuando ésta dijo:

— Quiero que se vigile a Alice Woodman, Connie.

— ¿Que se la vigile? ¿Por qué?

— No lo sé.

— Pertenece al comité ejecutivo.

— ¿Es que alguna de nosotras es incapaz de traicionar a la empresa?

— Pero... Su «test», su conducta, su juramento...

— Las personas cambian, Connie. Es de carne y hueso, romántica y dúctil. Y no hay motivo para que desee salir de esta base por motivos puramente particulares. Tenemos mucho trabajo.

Connie sonrió.

— ¿No puede haber un varón?

— Por eso mismo quiero que se la vigile. De todas nosotras, ella es la más frágil. Si algo ha trascendido, nuestros adversarios pueden estar tratando de sonsacarla.

— ¡Oh, sería terrible!

— Terrible sería si no tomásemos medidas de seguridad. Incluso quiero que se adopten contra mí, si mi conducta se hiciera irregular. No podemos correr ningún riesgo. Los altos intereses del «E. R. I.» están en nuestras manos.

— Está bien. Advertiré a la sección de vigilancia.

— Prefiero que sea una agencia privada. No conviene que entre nosotros se extienda la duda. «Pager», «Nash» o «Alwitron» pueden facilitarnos ese informe, sin saber quién lo ordena ni a quién va dirigido. ¡Ah, y no estoy satisfecha del informe de Alice acerca de la «R. Y. T. C.»; te agradeceré que lo repases!

— ¿Es por eso?

— No lo sé, Connie. El doctor Twining me informó que esa insignificante compañía, a juicio de Alice Woodman, se puso en contacto con ellos para llevarles a Japón. No se duermen. Empujan de firme y sus productos empiezan a cotizarse en el mercado. Yo también computo información financiera y comercial. Tendremos que utilizar los métodos represivos y recurrir a campañas antipublicitarias.

El ascensor se detuvo y las dos mujeres salieron. Connie Wright parecía ahora muy preocupada.

Capítulo IV

MUERTE NECESARIA

Alice Woodman ignoraba que sus pasos eran seguidos por auténticos especialistas. Pese a ello, adoptó toda clase de precauciones para entrevistarse con Ernie Young, a quien había dado una cita secreta en un motel, próximo a Newark.

El encuentro se efectuó de noche, pero, a pesar de ello, todos sus movimientos estaban siendo filmados a gran distancia, por medio de cámaras especiales cuya potencia ignoraba Alice que existiera.

Ernie había llegado poco antes en un extraño vehículo, de moderno y especial diseño, que podía navegar sobre el mar, en inmersión, deslizarse sobre un lecho de aire sobre una autopista, ¡o alzarse en vuelo como un pequeño «jet»!

El «aeroanfibio» no era un vehículo desconocido. La técnica lo había desarrollado a últimos del siglo XX y ahora eran muchas las personas, especialmente las adineradas y en posesión de tres licencias de piloto, las que lo manejaban.

Ernie Young recibió a Alice en la cabina número ocho y la abrazó. Inmediatamente, cerró la puerta.

Había una débil luz sobre la butaca de goma extensible, en la que tomaron asiento.

Alice notó que el beso de él era casi un compromiso. Desde que Ernie le reveló su identidad, en Miami, y expuso sus pretensiones, sin ambages, la joven había vivido en una continua zozobra. Sabía que su vida peligraba. Si alguien del «E. R. I.» sospechaba siquiera que ella facilitaba información a una empresa de la competencia, su vida no valdría ni un céntimo.

Y esto era lo que Alice estaba haciendo.

Sin embargo, Ernie le había dicho:

»—Yo busco la aglutinación industrial. Nosotros no tenemos el potencial económico e industrial del «E. R. I.», pero, en cambio, poseemos una técnica más depurada. Hemos tenido que esforzarnos muchísimo para sostenernos, debido a las presiones externas. Mientras pasamos inadvertidos, todo fue bien. Pero ahora que nuestros artículos están en el mercado, empieza a temérsenos.

»Si pudiéramos conseguir un acuerdo entre el «E. R. I.» y la «R. Y. T. C.», estoy seguro de que el mundo sería enteramente nuestro, puesto que eliminaríamos de un plumazo toda la competencia. Sería el golpe decisivo contra los que eliminaron a vuestro anterior comité ejecutivo.

»—¿No fue la «R. Y. T. C.» quien dio ese golpe? — quiso saber Alice.

»—No, te doy mi palabra de honor. Fueron otros, quizás empresas filiales o auxiliares. Incluso empresas de distinta especialidad, tal vez el gobierno. Nosotros no fuimos. Yo pretendo esa fusión desde hace varios años. Si me declaran la guerra, lucharé. Pero la paz me interesa más.

»Y lo que más me interesa es el doctor Twining.

Alice, al parecer, temía a Ernie; pero también lo deseaba. Por esto le llamó y acudió puntualmente a la peligrosa cita. Pero ignoraban los dos que micrófonos especiales, aplicados a las ventanas y a los muros, recogieron su conversación, como cámaras de gran potencia había recogido el encuentro.

— Thelma está en Nueva York —dijo Alice—. Pasado mañana regresaremos a nuestra base submarina. No puedo decirte dónde se encuentra la base, porque ni yo lo sé.

»Anteayer presencié un experimento fantástico entre el doctor Twining y el lama Adashi Omga, con la colaboración del ayudante del profesor Walkess. Fue algo extraordinario. Parece ser que ese lama recoge información perdida en el tiempo, de miles de siglos atrás.

Ernie parecía distraído, aunque la diminuta grabadora que llevaba en el reloj de pulsera estaba funcionando, sin perder una palabra. Era su mente la que trabajaba.

— ¿No me escuchas, Ernie?

— Sí, querida. Estaba pensando...

—¿En qué?

— Creo que es una oportunidad excelente para hablar con ella.

— ¿Con quién?

— Con Thelma Bird.

— ¡No! Si te acercas a ella... ¡Está muy vigilada!

Yo le rogué a mi escolta que se quedaran en Nueva York porque tenía que ir a Chicago en visita particular. Nuestra organización es muy estricta ahora.

— Pero es que si consigo entrevistarme con ella... tal vez pueda iniciar los primeros pasos, sembrar la semilla de la fusión, establecer el contacto de paz a escala superior.

— Es mejor que te dirijas al «E. R. I.» oficialmente. Te aseguro que se estudiará tu petición.

— ¡Yo no quiero que se estudie! ¡Ni siquiera deseo que nosotros demos el primer paso! ¿Es que no te das cuenta lo que esto representa? ¡Es la oportunidad única! ¿Dónde estará Thelma?

— En la oficina central, conversando secretamente con los asesores legales. Ya sabes que nosotros todo lo hacemos aparecer legalmente, aunque la ley sea papel escrito tan sólo.

«Pero nadie sabe quién es.

— Tú la conoces… ¡Tú me la puedes mostrar!

— ¡No! ¿Estás loco, Ernie?

— Ya no puedes echarte atrás, Alice. Nos hemos embarcado juntos en la misma nave. Si me abandonas…

Alice le echó los brazos al cuello y lo besó desesperadamente.

— ¿Cómo haría eso, si estoy loca por ti? ¡He perdido el juicio, Ernie! ¡No sé lo que hago! ¡Presiento que todo terminará mal!

— No, confía en mí. Tenemos que ir a Nueva York. Ella ha de salir o entrar de las oficinas principales.

Tú sólo tienes que señalármela. Luego, te irás a Chicago y yo me encargaré del resto.

— No, Ernie. No puedo hacerlo… Si me descubren…

— Yo te protegeré, vida mía. ¿Crees que voy a permitir que te ocurra algo malo?

Ernie Young estaba convencido de lo que decía. Pero el deseo de entrevistarse con Thelma Bird pudo más que su sentido común. Era un riesgo tremendo el que estaba corriendo, al actuar de un modo tan directo en aquel peligroso negocio. Pero no podía confiar en nadie más, dadas las elevadas posibilidades que vislumbraba en un posible entendimiento con la organización electrónica más importante del mundo.

Y desoyó una voz interior que le anunciaba el peligro.

— Por favor, Alice. Todo saldrá bien… ¡Todo! ¡Te quiero, te necesito, mi vida!

* * *

Aquella misma noche, desde un apartamento de Broadway, Thelma Bird, obedeciendo a un impulso, dejó sobre una repisa de mármol el whisky que estaba bebiendo y se colocó una máscara de «látex» poroso. Ni siquiera se preocupó de disimular la careta.

Acto seguido, se sentó ante el videófono y marcó un número privado.

A los pocos segundos, en la pantalla apareció una cara bonita.

— Deseo hablar con 23-B-45. Soy S. A. 25.519-ERI.

— Oh, sí. Le despertaré inmediatamente, señorita. Aguarde unos instantes.

El individuo requerido no estaba durmiendo, ni mucho menos. El año era largo. Y precisamente sabía muy bien que la jefe del

comité ejecutivo del «E. R. I.» se encontraba en Nueva York, porque sus hombres realizaban una importante misión para ella.

En pocos segundos, el rostro de un hombre, también cubierto con una máscara, apareció en la pantalla del videófono de Thelma. Sus primeras palabras fueron:

— Esperaba su llamada. Ya tengo información «detonante».

— ¿A qué llama usted detonante, amigo? —inquirió ella.

— Hemos grabado el encuentro de Alice Woodman con un individuo de buena presencia. Todo parecía indicar una vulgar cita de amor. Pero los microamplificadores han revelado algo mucho más complicado y difícil. Lo tengo todo preparado para que usted lo vea y lo oiga.

— Bien —dijo Thelma, muy seria—. Páseme la grabación.

Durante quince minutos, Thelma estuvo viendo y escuchando la prueba de la traición de Alice Woodman. No pestañeó siquiera al sentirse aludida. La máscara de su rostro no denotaba emoción alguna. Escuchó atentamente hasta el final. Luego, habló en tono neutro, pero firme:

— Gracias, amigo. Voy a darle instrucciones para sus hombres. Ya se ha dado cuenta de la gravedad del caso. Mañana por la mañana, mejor dicho hoy, a las nueve, iré a las oficinas del «E. R. I.». Ella y su amigo, ese Ernie, estarán allí. Dejaré que me vean. Alice me señalará y él hará lo posible para entrevistarse conmigo.

»No le hagan nada a él hasta que yo lo ordene. Pero a ella tienen que matarla inmediatamente, sin ruido, sin que él lo sepa. Mejor durante el viaje a Chicago. ¿Me ha comprendido? ¡Alice Woodman tiene que morir!

— He comprendido, señorita —replicó el hombre situado al otro extremo de la comunicación.

— Nada más. Buenas noches.

Thelma cerró el videófono y tomó de nuevo el vaso del que bebió lentamente, sin quitarse siquiera la máscara de «látex», bajo la cual tenía el ceño fruncido.

— ¡Una estúpida, cuyos sentimientos han puesto en peligro la mayor organización tecnicoindustrial de todos los tiempos! ¡Qué absurdo! ¿En qué piensa la gente?

»Ese individuo parece ser un alto jefe de la empresa «R. Y. T. C.»... ¡Extraño tipo! No está de más dejarle acercarse. ¡Rodeado de mi escolta, no puede causarme ningún daño! ¡Qué presunción pensar que nosotros podemos fusionarnos! ¡Lo que haré será arruinarlos, destruirlos y adquirir sus instalaciones por una miseria! ¡Una bonita operación para Goodman!

«¡Estúpida! —Thelma Bird lanzó con rabia el vaso contra la chimenea artificial, se despojó de la máscara y luego fue hacia el dormitorio contiguo, para echarse vestida sobre el lecho triangular que enfocaban los infrarrojos situados en el techo.

Le importó poco que pudiera arrugarse el vestido de noche que llevaba puesto y que había costado más de cien mil dólares a la compañía. Había tenido que asistir a una cena de negocios y regresó tarde.

Cruzó las piernas, tendida sobre el lecho, y cerró los ojos. La imagen de Ernie Young, vista fugazmente en la pantalla a color del videófono, continuaba bailando en su mente.

¡Era el bello semblante de un hombre odioso!

Thelma Bird despreciaba a los hombres jóvenes, apuestos y modernos. Ella no aceptó jamás la compañía de nadie de su edad que fuese del sexo opuesto. ¡Odiaba a los hombres, los aborrecía!

Los niños y los hombres, maduros o ancianos, le eran indiferentes. Pero todo aquél que pudiera ser un antagonista, como lo fue Harry Orville, en la Universidad de Kansas, ¡el hombre que le hizo odiar al sexo opuesto!, le hacía sentir una repulsión incontenible, un asco infinito, una aversión instintiva.

Y aquel joven, alto y elegante que había besado a Alice Woodman, era lo más parecido al Harry Orville que hizo de su corazón una piedra de granito.

No fue por esto por lo que sentenció a muerte a Alice Woodman. Tampoco por despecho, ni resentimiento. Alice había traicionado un juramento sagrado. Su deber estaba claro; pero no lo cumplió. Debía ser borrada inmediatamente de la faz de la tierra.

En cuanto a él… Thelma Bird quería saber más cosas. Allí tenía una oportunidad excelente. No supeditaría jamás los intereses del «E. R. I.» a cualquier sugerencia que pudiera venir de aquel hombre. Pero deseaba escucharle, conocer su mente, comparar consigo misma. Tenía el presentimiento de que no era un hombre vulgar, sino un temible oponente, al que podía despreciar, pero sin cegarse. Ella era la jefe de una de las comisiones ejecutivas más importante del mundo. Y no fue elegida por simple azar. Las computadoras analizaron meticulosamente sus principios básicos y psíquicos. Y el «E. R. I.» no se dejaba en manos de cualquiera. Habría sido un tremendo error.

Pensando en todo lo ocurrido, desde que fuese elegida para el cargo de responsabilidad que ocupaba, Thelma se quedó dormida.

A las ocho en punto, como si tuviese un timbre en el cerebro, se despertó, saltó del lecho y empezó a desvestirse. Fugazmente vio

reflejado en el espejo su cuerpo escultural, de diosa pagana y altiva, sin detenerse a pensar que aquella figura no correspondía precisamente a la de una computadora electrónica.

Era perfecta en todo: cintura breve, vientre terso, caderas redondeadas, busto erguido, piernas torneadas, cuello esbelto, cabeza noble, facciones atrayentes y espalda tersa, de piel satinada, ligeramente olivácea.

Se enjabonó el cuerpo debajo del agua tibia de la ducha de difusión múltiple, mientras su mente empezaba a funcionar a gran velocidad. Se secó automáticamente y luego se vistió, eligiendo un estilo de atuendo muy llamativo, de plata verdosa y oro, con piedras alrededor del cuello, y una falda muy corta, de color amarillo.

Se calzó unos zapatos metálicos que le llegaban hasta el tobillo y luego se peinó metiendo la cabeza bajo un casco de ondulación térmica. En un segundo, el aire caliente y los peines eléctricos hicieron el programa registrado en el circuito.

La cabeza de Thelma salió perfecta del casco. Ni siquiera se molestó en mirarse al espejo. Esto habría sido dudar de la capacidad técnica de un aparato creado por el «E. R. I.», de cuyo modelo se habían vendido cincuenta y seis millones en todo el mundo.

En la cocina, pulcra, moderna y automática, presionó varios timbres. Mientras se sentaba a la mesa adosada al muro, todo lo pedido fue servido electrónicamente, surgiendo por el tomo de servicio y colocado en la bandeja, que un electroimán situó ante ella.

Desayunó y luego se dispuso a salir. Antes consultó su reloj, una miniatura colocada en un anillo, que una piedra de gran precio aumentaba los números y las manillas, y se dijo que tenía tiempo suficiente para llegar a las oficinas del «E. R. I.» a las nueve en punto.

Antes de abandonar el apartamento, Thelma echó una ojeada en tomo suyo. Amaba aquel lugar, donde había vivido antes de ocupar el cargo que ahora la mantenía alejada de allí. Dentro de aquellas paredes había soñado, meditado y recordado. Allí, su existencia dio un gran cambio. Pero añoraba los tiempos en que no era más que una empleada del «E. R. I.», con un buen sueldo y escasa responsabilidad.

Salió. Cerró su mente al sentimentalismo y se dispuso a ser enérgica. Se dijo que Alice Woodman debía morir. Había traicionado una importante causa y su delito era grave. Muchísimas personas morían por faltas más leves.

Desde su alojamiento hasta las oficinas del «E.R.I.», en Nueva York había cierto trecho. Thelma disponía de vehículo propio, que la esperaba con un chófer al volante. Pero al salir a la calle, ni siquiera se fijó en él. Empezó a caminar, pues deseaba dar un paseo, hacer un poco de ejercicio necesario para su cuerpo y su mente.

El chófer, así como los hombres de su escolta personal, se pusieron a seguirla. Estaban advertidos y enterados del modo de ser de Thelma Bird. Lo importante para ellos era que, sin llamar la atención, en todo momento la jefe del comité ejecutivo del «E. R. I.» estuviese protegida.

Mientras caminaba, Thelma pensaba en el hombre que tanto se parecía a Harry Orville. Se dijo que aquel Ernie no podía ser Harry. Era imposible. Hacía cinco años que no veía al hombre que odiaba.

»—No impediré que ese sujeto me hable —iba pensando Thelma —. Si es un jefe de la «R. Y. T. C.», me interesa conocer sus propósitos. ¿Por qué sugirió Alice que se dirigiera oficialmente a nosotros? ¿En qué pensaba?

El edificio del «E. R. I.» estaba cerca. Había muchos automóviles de todas clases aparcados a derecha e izquierda de la amplia avenida. Thelma se dijo, sin mirar a ninguna parte, que él y Alice debían estar observándola ya.

Aminoró el paso. Se detuvo y consultó su reloj. Luego, alzó la mirada y contempló el cielo de la mañana. No se veían nubes en él.

Sonrió, como si hubiese tenido un feliz pensamiento y se dirigió a la entrada principal. Como nadie sabía quién era ni qué cargo ocupaba dentro de la compañía, Thelma estuvo un rato contemplando un tablero electrónico de anuncios. Con el rabillo del ojo vio situarse a su escolta.

Y, de repente, Ernie Young apareció en la entrada, mirando en torno suyo hasta que la vio. Ella giró sobre sus talones y se encaminó a la escalera automática.

Fue entonces cuando Ernie Young se acercó a ella.

Thelma captó el movimiento acelerado de los hombres de la escolta, y dirigió una penetrante y significativa mirada a Barry Eagle, el jefe de la vigilancia, quien comprendió.

— ¿Es usted Thelma Bird? —preguntó Ernie en aquel instante, con su bien timbrada voz.

— Sí. ¿Quién es usted?

— Me llamo Ernie Young. Deseo hablar con usted. Es muy importante. Trabajo para la «R. Y. T. C.».

Thelma abrió la boca con gesto de incredulidad. No se esperaba una confesión de aquel tipo. Era lo más comprometido que podía

hacer nadie, aunque estuviese loco. Precisamente se encontraban en la central del «E. R. I.» en Nueva York.

— ¿Por qué se dirige usted a mí? —preguntó Thelma, reaccionando rápidamente.

— Tengo motivos poderosos.

— No le comprendo… —Thelma se interrumpió, pensando en Alice, cuya sentencia de muerte estaba a punto de cumplirse—. Aguarde un momento. Debo efectuar una llamada videofónica… ¡Es muy urgente!

Casi corrió hacia una de las cabinas insonorizadas del vestíbulo. Ernie la siguió, despacio. Y la esperó. Pero cuando ella salió, su semblante estaba descompuesto.

— ¡Salve usted a Alice Woodman! ¡Su vida está en peligro! —exclamó.

Capítulo V

LA EJECUCIÓN

Cuando Ernie, seguido por varios hombres de la escolta de Thelma, llegó a la esquina donde estaba situado el moderno «aeroanfibio», Alice Woodman ya se había marchado.

Ernie miró desesperadamente en todas direcciones. Al ver un agente de policía cerca, se dirigió a él en tono apremiante:

— Por favor, ¿ha visto usted a la señorita que estaba en ese vehículo conmigo?

— Pues... sí. Creo que salió y tomó un taxi.

Barry Eagle, un sujeto robusto y de expresión adusta, jefe de la escolta de Thelma Bird, que había seguido a Ernie desde el vestíbulo del edificio «E. R. I.», preguntó:

— ¿Qué es lo que ocurre?

— ¡Necesito encontrar a la mujer que estaba conmigo! —exclamó Ernie—. Está en peligro de muerte.

— ¿Cómo se llama?

— Alice Woodman... Supongo que se habrá dirigido al aeropuerto. Pensaba ir a Chicago.

—Será mejor que vayamos a la «Station» a firmar la denuncia —dijo el agente.

— ¡Para entonces ya será tarde! —exclamó Ernie, volviéndose para dirigirse al «aeroanfibio»—. ¡Venga usted conmigo!

Barry Eagle, que había ido con Ernie por indicación de Thelma, le siguió y ambos subieron al vehículo, dejando al agente tan impasible como antes.

— ¿Qué tomaría usted para ir a Chicago? —preguntó Ernie, al poner el vehículo en marcha.

— Yo tomaría un taxi y me dirigiría a la Aeroestación de Coney Island. De allí sale un «jet» para Chicago cada hora.

— ¡Vamos allá!

Ernie efectuó un despegue horizontal, prohibido en las calles de la ciudad, y se remontó rápidamente en el aire, para luego enfilar como una exhalación hacia Coney Island, donde tomó tierra a los pocos minutos.

— Estoy seguro que hemos llegado antes que ella — contestó Barry Eagle, al detenerse en un estacionamiento para naves auxiliares, después de tomar toda clase de precauciones—. Será mejor que vayamos a las taquillas.

Un empleado se quedó al cuidado del «aeroanfibio», mientras

que los dos hombres se dirigían hacia las taquillas del vestíbulo principal, que estaba atestado de gente. Era imposible distinguir allí a Alice.

— Aquéllas son las taquillas para los vuelos a Chicago — informó Barry—. Será mejor que nos apostemos en sus cercanías. Si tomó un taxi y vino aquí, ya debe estar a punto de llegar.

Los dos hombres estaban totalmente equivocados. Los agentes de la «Alwitron», encargados de la ejecución de Alice Woodman, eran expertos y eficaces.

Desde antes de las nueve de la mañana, habían estado atentos a la presencia de Ernie Young y Alice Woodman. Al efecto, y como conocían los pasos que iba a dar la pareja, tenían preparado un taxi con el letrero de ocupado.

Cuatro hombres vigilaban desde distintos puntos.

Cuando Alice Woodman indicó a Ernie la presencia de Thelma Bird en la acera de enfrente, y él salió para ir hacia el edificio del «E. R. I.», Alicia salió también del «aeroanfibio» y pareció vacilar unos instantes.

Estaba muy triste y preocupada. Empezaba a desconfiar de que los métodos de Ernie dieran resultado. Temía que Thelma actuase de modo siniestro. Ella había jurado por su vida no traicionar los principios de la empresa para la que trabajaba.

¡Y Ernie iba a cometer una terrible imprudencia!

Sosteniendo en la mano izquierda un pequeño maletín, miró calle arriba. En aquel instante, el taxi ocupado por el hombre de la «Ahvitron» se despegó de la acera.

En pocos segundos estuvo junto a Alice, quien sonrió y se acercó al vehículo.

— He tenido suerte… ¿Quiere llevarme a la Aeroestación de Coney Island?

— Sí, señorita; ¡no faltaría más!

La joven subió al taxi. El conductor cerró la puerta electrónicamente y el coche se alejó de allí.

Mientras conducía, el chófer tomó un par de píldoras de una cajita que llevaba junto al asiento y se las introdujo en la boca. Por el espejo retrovisor contempló a Alice, que parecía ensimismada en sus pensamientos. También vio al coche que les iba siguiendo, ocupado por los otros agentes de la «Alwitron».

Entonces, con un gesto disimulado, el chófer empujó un botón del tablero, para hacer salir un gas anestésico, a la vez que se cerraban automáticamente los cristales.

Alice exclamó:

— ¿Por qué cierra las ventanillas? ¡Ábralas, hace calor!

— Disculpe, señorita — contestó el conductor —. Ha sido un error... Inmediatamente las abro.

Alice se llevó ambas manos a las sienes, jadeando. Vio los ojos del conductor en el retrovisor y el terror se apoderó de ella.

— ¡Pare... deténgase! ¡Quiero apearme!

El conductor, sin hacer caso, continuó en su puesto, contando los segundos. Y en el momento en que Alice se abalanzaba hacia la ventanilla para golpear los cristales, ya presa del pánico, la inconsciencia la dominó. Sus manos resbalaron sobre los cristales, se deslizó hasta el piso del coche, donde quedó tendida, respirando entrecortadamente.

El taxi continuó su carrera, pero cambiando la ruta que seguía. El coche que venía detrás se situó a la altura del taxi y uno de sus ocupantes hizo una seña al falso taxista. Luego, se dirigieron hacia los «docks» y penetraron en un gran almacén.

Allí, en un rincón, con una aguja hipodérmica, pusieron a la inconsciente e infortunada Alice una inyección que le causó la muerte casi instantáneamente. La substancia inyectada jamás sería reconocida en sus vísceras. La autopsia revelaría muerte natural, porque nadie lograría descubrir el pinchazo de la aguja, en el lugar en que había sido puesto: debajo de la uña de un pie.

El cuerpo sería luego abandonado en cualquier lugar solitario. El asesinato sin huellas, cometido por profesionales, era una garantía absoluta. «Alwitron» podía estar satisfecha de sus agentes ejecutores.

* * *

Desde un despacho del «E.R.I.», Thelma Bird efectuó otra llamada secreta.

Le contestó el mismo individuo con quien había hablado la víspera.

— ¿Qué? —inquirió Thelma en tono apremiante, cubriéndose el rostro con la mano izquierda.

— Lo siento. No he podido localizar a mis hombres. Temo que la sentencia se haya cumplido.

— ¡No! —exclamó Thelma, jadeando—. Ha sido un error... Nos hemos precipitado.

— Lo siento. Usted me dio órdenes concretas. El error no ha sido nuestro. Yo hice confirmar la clave de usted y comprobé que tenía autoridad para dar esa orden. Nuestro deber es cumplir lo mejor posible.

— ¡Oh...! Sí, comprendo... Avíseme cuando sepa algo. Estaré aquí todo el día... Llame por el control privado a mi clave.

— Sí, señorita.

Al cortar la comunicación, Thelma se dejó caer en una butaca. Le temblaban las manos visiblemente y se había puesto muy nerviosa... ¡Y todo porque Ernie Young se había acercado a ella y le había dicho sin rodeos que trabajaba para la «R.Y.T.C.»! ¿Por qué lo había hecho? ¿Actuaba impulsado por motivos personales, deseoso de manifestar su buena fe y sus legales intenciones?

¿Y por qué se había precipitado ella, ordenando, en un arrebato de furia, la ejecución de Alice Woodman?

El timbre de la puerta la sacó de su ensimismamiento.

Se puso en pie, presionó un conmutador y la puerta se abrió. Barry Eagle apareció ante ella.

— ¿La habéis encontrado? —preguntó Thelma, Bird anhelante.

Barry sacudió negativamente la cabeza.

— No. Él quiere verla.

— Hágale pasar. Deje hombres en la puerta, Barry. Y ordene que la busquen. Llamen a Chicago... ¡Póngase de acuerdo con la sección «Z-X» y que traten de encontrarla cuanto antes!

— Sí, señorita. ¿Algo más?

— Nada. Gracias, Barry.

El jefe de su escolta salió, pero dejó la puerta abierta. Pocos minutos después llegaron cuatro hombres, acompañando a Ernie Young, quien saludó y penetró en el despacho.

— ¿Quiere usted sentarse, señor Young? —preguntó Thelma, después de cerrar la puerta.

— Gracias. ¿Dio usted la orden de ejecutar a Alice?

Thelma se sentó detrás de la mesa y tardó unos minutos en contestar. Al fin, lanzando un profundo suspiro, dijo:

— Ella estaba vigilada. Anoche la siguieron hasta un motel de Newark. Colocaron microamplificadores y escucharon la conversación que sostuvo con usted.

»Le confieso sinceramente que yo no esperaba que usted viniera y se presentase como empleado de la «R. Y. T. C.». Eso fue lo que me hizo comprender que me había precipitado. Sin embargo, debe usted admitir que la traición de Alice Woodman merecía la orden que di.

— ¿No ha estado usted enamorada jamás, señorita Bird? —preguntó Ernie secamente.

— ¡Jamás! — replicó Thelma con dureza en su voz.

— La compadezco. Alice estaba enamorada de mí.

— ¿Y usted de ella? — replicó Thelma, mordaz.

— Supongo que sí. No la traté mucho tiempo. La verdad es que me acerqué a ella para poder celebrar esta entrevista con usted... ¡Entrevista profesional! No es fácil averiguar quién dirige el «E. R. I.».

— Ya lo sabe usted. Eso le puede costar la vida.

— ¡Bah! Una vida no tiene importancia. Hay veinticinco mil empleados en la «R. Y. T. C.» preparados para sustituirme cuando usted me mate.

— Seamos prácticos. Dejemos ese aspecto tan poco usual y hablemos de negocios. Usted quería hablar conmigo. ¿Para qué?

Ernie se levantó y se acercó a la mesa, sobre la que apoyó ambas manos. La miniatura de grabadora que llevaba en el interior del reloj de pulsera, con micrófono de gran sensibilidad acústica, estaba trabajando silenciosamente.

— ¿Le gustan los métodos directos? Bien, ahí va mi proposición: Pretendo la fusión de nuestras compañías para terminar con el enorme gasto que representan las campañas antipublicitarias, la lucha de mercados, la duplicidad de esfuerzos...

— ¿Sueña usted, señor Young? —preguntó Thelma.

— Nada de eso. La guerra comercial no nos conviene a nadie.

— A nosotros sí. Por ahora, la «R. Y. T. C.» no significa una fuerte competencia para nosotros. Podemos permitirnos el lujo de dejarles ampliarse un poco más. Cuando llegue el momento, les hundiremos y se habrá acabado la competencia.

»No habrá fusión, señor Young. Lo siento. Eso puede desilusionarle y hasta represente su fracaso personal. Lo único que podemos hacer es absorber la «R. Y. T. C.», pero la indemnización a pagar a sus accionistas la fijará nuestro departamento financiero.

— ¡Caramba!—exclamó Ernie Young—. Claridad y franqueza. ¿De modo que nosotros somos la hormiga y ustedes el elefante? ¿Quién les ha vendido esa idea?

— No nos engañemos, señor Young. Somos conscientes del potencial técnico y económico de su pequeña empresa.

— Voy a darle datos auténticos, señorita Bird — dijo Ernie, regresando a su asiento —. La «R. Y. T. C.» ha invertido dieciséis billones de dólares en experimentación. Ha creado veinticinco mil puestos técnicos de trabajo. Ahora estamos iniciando nuestro despliegue comercial, y creo que habrán observado la calidad extraordinaria de nuestros productos, muy superiores a los del «E. R. I.». Vamos a crear, en el transcurso de los próximos seis años, una red de distribución compuesta por seis mil delegaciones. Dentro

de dos años tendremos trescientos mil trabajadores en nuestras factorías.

«¿Llama usted a esto una pequeña empresa?

Thelma no pudo por menos que sonreír.

— Se jacta usted de tener excesiva imaginación, señor Young. Nuestros servicios informativos les califican a ustedes de una empresa de quinta categoría.

— Permítame decirle que la «R. Y. T. C.» se ha gastado diez mil millones de dólares en hacer llegar hasta ustedes montañas de información falsa.

— ¿Espera que me crea eso? ¿De dónde han sacado ustedes el capital?

— Poseemos fórmulas fisicoquímicas para producir metales preciosos. Le diré más. Ustedes han secuestrado al doctor Twining para realizar un proyecto de ordenador general con capacidad para mil robots mecánicos.

«Estoy autorizado para informarle que ese proyecto les costará sumas inmensas y no tendrá éxito.

— ¡Basta, señor Young! Todo cuanto me está diciendo es inexacto.

— Añadiré algo más. Dentro de un año, cuando empiecen a verse los resultados al frente de la comisión ejecutiva del «E. R. I.», la junta de accionistas le pedirá a usted responsabilidades por las enormes pérdidas sufridas. Y las consecuencias serán desastrosas.

— ¿Quiere dárselas de profeta, conmigo?

— No. Le expongo realidades. Usted nos menosprecia, porque nos considera débiles. Pues voy a facilitarle más datos. Créame si pongo toda mi documentación sobre la mesa. En «Constelation», que pronto será una importantísima población lunar, estamos instalando una planta industrial, para crear materia prima, planta que estará controlada por un ordenador general y dirigirá cinco mil robots agrícolas.

— ¡Eso es imposible! —gritó Thelma—. Esos estudios no se han realizado aún en «psiónica».

— ¿Por qué intenta engañarse a sí misma?

— ¡Ustedes, los hombres, son unos farsantes! ¡Se han creído siempre superiores a nosotras! ¡No tengo por qué seguir escuchándole! ¡Conozco mi fuerza y sé hasta dónde puedo llegar!

— ¿Quiere decir que no habrá entendimiento?

— ¡Jamás! —exclamó Thelma, poniéndose en pie—. Y le daré un señalado favor… ¡Váyase de aquí! ¡Va a salir con vida! Pero no intente jamás acercarse de nuevo a mí o le pesará.

Ernie también se levantó. Se encogió de hombros y dijo:

— Sólo quería la fusión para evitar una guerra que costará muchas vidas y enormes sumas de dinero. Si todo ese esfuerzo lo hubiéramos dedicado a mejorar nuestras factorías, hubiera sido un triunfo para la humanidad.

»De todos modos, dado que es usted muy bella, no deseo irme de aquí sin saber si es mujer o simplemente un monstruo.

Mientras hablaba, Ernie Young se había acercado a la mesa, junto a la que ahora estaba Thelma Bird. Al terminar de hablar, extendió ambas manos, en un gesto imprevisto, y la agarró por los brazos para atraerla hacia sí.

Antes de que Thelma pudiera reaccionar, Ernie la estaba besando, dominándola totalmente.

Al soltarla, la mano de Thelma hendió el aire y fue a golpear con fuerza la mejilla del hombre.

— ¡Estúpido! —masculló.

— Creo que es mujer —afirmó Ernie, frotándose la mejilla—. Nos volveremos a ver. Este beso no me ha gustado... ¡Ah, un asesor mío me dijo que tuviese cuidado con usted, que era traidora y vengativa! Por si no lo sabe, ha inhalado usted un sutil veneno letal. Si no llego a Tokio antes de veinticuatro horas, descubro la fórmula del antídoto y se la mando por radio, morirá.

— ¿Qué está usted diciendo?

— Me protejo, sencillamente. Podía usted ordenar que me matasen. Así, moriremos juntos. En cambio, si llego a Tokio, usted también vivirá.

— ¡Eso es un «bluff», como todo cuanto ha dicho!

— No, créame. Es cierto — Ernie sacó de un bolsillo una cápsula metálica—. El fluido mortal estaba contenido aquí. Sólo nuestros químicos conocen el antídoto. Tengo que volver a Tokio para que usted y yo podamos vivir. Sólo disponemos de veinticuatro horas.

Thelma no se inmutó.

— ¡Es usted abominable y maldito! ¡Si ha hecho eso...!

— Lo he hecho. Pero no tema. Sólo tiene que dejarme regresar a Japón y no ocurrirá nada.

Con paso rápido, Thelma se dirigió a la puerta y la abrió. Los cuatro hombres que había fuera se acercaron.

— El señor Young se marcha, señores... ¡Mátenle antes de que llegue a la calle!

Ernie Young se movió entonces con una celeridad pasmosa, pasando ante Thelma, a la que empujó. De su manga izquierda brotó un objeto metálico y brillante, que disparó algo así como una

cascada de chispas luminosas.

Los hombres de la escolta retrocedieron, se tambalearon y cayeron rodando a tierra.

Acto seguido, Ernie se volvió a Thelma y rugió, en tono ominoso:

— Ahora vendrá usted conmigo a Tokio... ¡Vea esto! ¡Mírelo! ¡Su voluntad ha quedado aprisionada aquí! ¡Tiene que obedecerme ciegamente! ¿Me entiende? ¡Nadie puede negarse al mandato de la sugestión triónica que brota de aquí!

Thelma se estremeció. Pareció como si quisiera luchar, resistirse; sin embargo, su voluntad estaba dominada por el disco metálico que Ernie tenía en la mano, de cuyo centro surgía una luz intensa.

— Venga usted conmigo... No puede pedir ayuda a nadie... Esos hombres no están muertos, sino inconscientes. Se recuperarán dentro de una hora. Nosotros ya estaremos lejos de aquí.

Thelma Bird obedeció dócilmente y salió, acompañando a Ernie.

Capítulo VI

FUERZAS PARANORMALES

— ¿Por qué me has traído aquí? ¿Qué lugar es éste? —preguntó Thelma Bird a Ernie Young, como si le hubiese tratado toda la vida.

— Es mi casa.

Se encontraban en una mansión japonesa, de una sola planta, con reminiscencias clásicas, aunque todas las puertas funcionaban mediante circuitos electrónicos, y el mobiliario era moderno, cómodo y elegante.

Todo estaba silencioso y solitario. Era un lugar, en las afueras de Tokio, junto al mar, rodeado de jardines. Thelma tuvo que admitir que se trataba de un maravilloso rincón.

— Vas a tomarte esto —habló él, situado ante un extraordinario bar, provisto de artísticas botellas de cristal de roca—. Es el elixir que necesitamos para neutralizar el fluido mortal de que te hablé.

Dio a Thelma una copa tallada. Él bebió lentamente, sin apartar los ojos de ella.

Habían efectuado el viaje en «aeroanfibio», directamente desde Nueva York, sin escala de ninguna clase, lo que había maravillado a Thelma, a pesar de tener la voluntad dominada.

Acababan de posarse en un pequeño aeródromo, contiguo a la mansión y, desde el aparato volador y marítimo, se habían dirigido a la casa.

— Pero ¿era cierto?

— Por supuesto. Siempre llevo medios defensivos, pero no puedo confiar demasiado en mis métodos. A veces, nuestros adversarios son más rápidos.

— Sé que no puedo irme, que me tienes dominada. Y quisiera hacerte dos preguntas: ¿Cómo lo has hecho? ¿Y por qué?

— El difusor de partículas triónicas afecta a la voluntad. Penetra en la mente por los ojos. Por eso no puedo mirarlo. Se descubrió por casualidad en nuestros laboratorios... ¡Ah, Adashi Omga y el doctor Twining lo contemplaron y recibieron instrucciones! Ahora están sometidos a nuestra voluntad, desde lejos.

»¿Por qué lo he hecho? Muy sencillo. No permito que una mujer me maneje. He de ser yo quien la maneje a ella. Si no fuese así me hubiera quedado contigo. No es fácil que un hombre de mi sensibilidad logre olvidar a una mujer como tú.

— ¿Orgullo viril?

— No lo creo. Estoy muy lejos de esos extraños complejos. Si mi

empresa es más fuerte y más importante que la tuya, lógicamente, yo debo ser superior, ¡o las computadoras mienten!

»Mañana haremos una visita a nuestras instalaciones. Esto forma parte del viaje. Iremos a «Constelation» y verás el ordenador general que hemos instalado en la factoría federal agrícola. Y hasta te daré pruebas de lo que te dije, acerca del dinero gastado en facilitarte información falsa.

— ¿Es que todavía sigues pensando en la fusión?

— Naturalmente. Mi objetivo es ése. He dicho fusión justa, no que «E. R. I.» se apodere de nosotros rapazmente, ni que «R. Y. T. C.» devore los restos del ;<E. R. I.». Todo eso no hace más que perjudicar a los accionistas y productores.

»De acuerdo que el mundo no lo inventamos nosotros, que ya existía cuando vinimos a él, y que hemos de aceptar los tiempos como se presentan. Es así y así se lucha. Pero también es cierto que somos los habitantes de este planeta los que hemos de hacer todo lo posible por cambiar las cosas, desterrando todo lo perjudicial y quedándonos con lo que nos beneficia. Eso es progreso. Lo otro, ruina. Las guerras, según la historia, no beneficiaban a nadie. Lo que pudo conquistar Julio César en Alesia, ante las huestes de Vercingétorix, o las naves cristianas ante la flota musulmana en Lepanto, no compensará jamás las pérdidas humanas que se sacrificaron. Si aquellos soldados muertos hubiesen vivido, la historia hubiera sido distinta.

— ¿Eres un pacifista? —preguntó Thelma irónicamente.

— Soy humano. Se alegaba que el planeta se iba haciendo pequeño y que la naturaleza necesitaba eliminar seres para seleccionar la especie y se pudiera vivir mejor. Todo eran sofismas.

»Ahora, el hombre se encuentra en plena expansión interplanetaria. Y quisiéramos tener cientos de millones de habitantes más de los que tenemos. ¿Dónde están?

»Murió la semilla.

— ¡El hombre se puede crear ya en el laboratorio! —exclamó Thelma—. Zimmermann lo ha logrado. Hay que apoyarle para que cree vida artificial, la raza perfecta, unisexual...

— ¿Estás loca? ¿Crees a Zimmermann? ¿No sabes que todo fue una farsa?

— ¡Mientes! ¡Yo poseo informes fidedignos!

— ¡Pobre ilusa! ¿Cómo puedes haber cometido ese tremendo error? Cada vez entiendo menos tu caso. Creo que ha debido cometerse fraude en tu elección para jefe del comité ejecutivo del «E. R. I.». Que las mujeres pueden gestar sin ayuda del sexo opuesto

es imposible. Eso negaría nuestro origen divino, perfectamente demostrado.

»El egoísmo os ciega. Sin embargo, ocurre que la mujer ha sido un ser inferior durante casi todo el transcurso de la historia. Eso también era injusto, pero yo no hice tales costumbres. Luego, en un siglo, se impuso la emancipación. Y vuestro desarrollo social se os ha subido a la cabeza.

»No dudo que mujeres como tú seríais capaces de entablar la guerra de los sexos. Estáis demasiado imbuidas de vuestra equivocada superioridad. Abrid los ojos.

»La naturaleza creó al hombre y la mujer como un complemento uno del otro; no somos ni antagonistas ni enemigos.

— ¡El hombre siempre sometió a la mujer a sus caprichos! ¡Esa injusticia terminó! ¡Ya somos libres!

— No, perdona. Tú, todavía no. De momento, y gracias a las partículas triónicas, estás a mis órdenes. Nada puedes hacer para librarte del dominio de mi voluntad y ya has debido darte cuenta.

»Antes de continuar discutiendo, vas a decirme por qué tienes esos fuertes prejuicios contra nosotros. Esto es una orden, Thelma Bird.

Ella no pudo sustraerse al mandato. Su mente estaba dominada por él. Y, en contra de sus más íntimos deseos, dijo:

— Yo estudié en Kansas... Allí, a los dieciséis años, conocí a un compañero que era el ídolo de toda la Universidad... Se llamaba Harry Orville... Llegué a estar tan obsesionada por él que hasta pensé en el suicidio.

»Él ni siquiera se fijaba en mí. Pero yo, ingenua entonces, ciega y estúpida, le seguí una tarde, para ofrecerme a él incondicionalmente. Mi horror fue enorme, al descubrirle en compañía de otra chica, de un curso superior, que era la negación de la feminidad.

»¡Aquel muchacho admirado por todos, aquel ídolo deslumbrante, el maravilloso Harry Orville, estaba enamorado de un adefesio en faldas! Y era que en su mente no había nada. Todo era apariencia. Recibí un disgusto terrible. Yo me había arreglado con todo esmero, para gustarle. Al verle abrazado a tal esperpento, me indigné y me dije que los hombres eran unos imbéciles.

— ¿Todavía lo sigues creyendo?

— No he conocido a nadie que me demuestre lo contrario. Tengo más fe en las mujeres, como ser superior, que en los hombres.

— Entiendo. Y, posiblemente, siendo América un matriarcado,

las accionistas del «E. R. I.» piensan como tú. ¿No te han elegido por eso?

— Tal vez.

— De no haber tropezado conmigo, la experiencia de su error les habría costado muchos millones de dólares. Basta, Thelma; será mejor que descanses. Mañana tenemos mucho trabajo que hacer. Te acompañaré a tu habitación. En ella encontrarás todo lo necesario.

— ¿Suelen venir aquí algunas chicas?

— Bastantes —respondió él, sonriendo—. Admito que no todas son como tú.

— ¿Entra en tus propósitos conseguir mi amor?

— No; siento desengañarte.

— ¿Por qué me besaste, pues?

—Suelo besar a las mujeres que me gustan... ¡por capricho! Nada profesional.

— Ahora me tienes a tu merced —mascculló ella entre dientes —. Si me causas algún daño, ¡no vivirá para contarlo!

* * *

A la mañana siguiente, muy temprano, después de desayunar lo que les sirvió una doncella que Thelma no supo de dónde había salido, emprendieron el viaje para visitar las diversas plantas de investigación que la «R.Y.T.C.» tenía en Japón y en otros lugares de Asia.

Thelma vio, con sus propios ojos, unos laboratorios que jamás soñó podían existir siquiera. Todo era de lo más moderno que se había creado en fisicoquímica y electrónica. Contempló un fantástico acelerador de partículas atómicas, de seis kilómetros de longitud, en el que se desentrañaban misterios de la antimateria y de compuestos del núcleo atómico. Habló con algunos científicos, en su mayoría orientales, cuyos conocimientos la dejaron aturdida.

Vio también una factoría subterránea de «cyborgs» que era de lo más perfecto en cuanto a instalación. Ernie le explicó:

— Estos robots son de tipo androide. Poseen cabeza, tronco y extremidades. Sus circuitos les permiten realizar cualquier tipo de trabajo, como si fueran hombres. Estarán gobernados por un ordenador central múltiple.

— ¡Pero si Adashi Omga nos dijo que no existía nada semejante! —exclamó Thelma, aterrada, al pensar en los millones que iba a invertir el «E. R. I.» en un programa tecnológico, para el que llegarían tarde al mercado.

— Ya te dije que Twining y Adashi Omga fueron visitados por

mí antes de su secuestro —explicó Ernie, sonriendo levemente—. Lo siento. Es el juego.

— ¡Estoy consternada! ¡Empiezo a darme cuenta de que tenías razón!

— Aún te falta conocer lo más importante. Ahora visitaremos una de nuestras fábricas de producción de metales preciosos. Estamos inundando el mercado de oro, platino y «tierras raras». Nuestra producción de radio, por ejemplo, totalmente automática, podrá abastecer el mercado mundial, a precios irrisorios, dentro de pocos años.

«Nosotros la llamamos el «Centro Alquímico de Oriente», o «Gran Sol Dorado».

Siempre a bordo del «aeroanfibio», Ernie condujo a Thelma a una isla, al norte del Japón. Desde el aire, aquel lugar parecía desierto. Luego, podría comprobar que, desde allí, un intenso tráfico submarino y secreto se realizaba a casi todos los puertos del mundo.

Penetraron en una inmensa factoría subterránea, que estaba custodiada por dos centenares de hombres, y el jefe de la instalación, que conocía a Ernie, les acompañó por todos los lugares de aquel inmenso complejo químico.

Contemplaron una máquina que fabricaba oro, de finísima calidad, a un costo bajísimo. El material empleado en la transmutación era sílice vulgar y corriente.

El oro salía a ritmo vertiginoso, ya en barras, por una línea de producción, para ser embalado en sólidas cajas. Todo se realizaba allí automáticamente.

— He aquí el origen de nuestra riqueza industrial. La verdad es que esto elimina toda competencia — dijo Ernie—. Por eso te dije que la «R. Y. T. C.» será la empresa industrial mayor del mundo dentro de pocos años.

— ¿Cómo... cómo habéis obtenido todo esto?

— Trabajando en secreto durante años. Una acertada dirección y una fuerza disuasoria en el exterior, de vigilancia y agresión, pero sin darnos a conocer, nos ha concedido el margen que necesitábamos para el desarrollo técnico ahora alcanzado.

Se detuvieron ante otra máquina que producía diamantes industriales. El director de la factoría dijo:

— Las temperaturas que se producen dentro de esos hornos son de más de seis millones de grados Kelvin. El carbono queda cristalizado según las formas poliédricas que necesitamos. Observe que las piedras salen ya casi pulidas y de las formas del molde que nos conviene.

— Estos diamantes se emplearán como cojinetes en máquinas de absoluta precisión. No sufren desgaste.

— ¡Estoy aturdida!

Después de visitar aquella increíble instalación subterránea, en la que entregaron a Thelma varias piezas de muestra para que pudieran ser analizadas posteriormente, se dirigieron hacia el espaciódromo de Tokio, donde les esperaba una astronave para llevarles a la Luna.

Se trataba de una nave especial, una especie de vagón sideral, que se desplazaba por propulsión fotónica. Seis horas necesitaba para recorrer los 384.000 kilómetros que separaban la Tierra de la Luna.

Una vez instalados en un cómodo salón, sin peligro de aceleraciones ni antigravedad, un elegante camarero les sirvió la comida.

— Quiero que veas nuestras instalaciones en «Constelation». La Luna y los planetas nos interesan más que la Tierra. Nosotros tenemos una gran visión del futuro. Hay muchos mundos por habitar. No tenemos porqué vivir ahogados en la Tierra, existiendo esos gigantes del espacio deshabitados.

«Crearemos atmósferas adecuadas para todos los que vayan a colonizar la Luna. La exobiología ha demostrado que el organismo se altera al cambiar el ambiente en que se vive. Pero mucha gente gana salud en la Luna. ¿Lo sabías?

»La Luna es un mundo ideal para los que padecen insuficiencia cardíaca. El organismo se rejuvenece con la atmósfera que hemos creado en «Constelation», a base de oxígeno, helio, hidrógeno puro y otros gases benignos. ¿Por qué soportar la enrarecida atmósfera de nuestro planeta, pudiendo respirar lo que verdaderamente nos beneficia?

«Además, la fertilidad del suelo del satélite es providencial. Obtenemos ya tres cosechas al año. La hidropónica nos ayuda extraordinariamente para crear alimentos.

«Estas verduras que comes han sido cultivadas en la Luna. ¿Qué te parecen? Poseen un alto poder vitamínico.

— Es exquisito —declaró Thelma—. ¿Diriges tú toda esta organización industrial y técnica?

— ¿Dirigir? Bueno, sí. En realidad, se dirige sola. Yo únicamente superviso, coordino. En «Constelation» asistirás a uno de nuestros consejos de dirección.

— ¿Reside allí el comité ejecutivo?

— ¡Ah, chiquilla! Eso es estrictamente confidencial… Pero no; no

está. Verás que se trata de una conexión múltiple con los veinte directivos principales de la empresa. Veinte pantallas a través de las que podemos vernos perfectamente, aunque se encuentren lejos de la Luna. Nuestras comunicaciones son perfectas.

* * *

El alunizaje en el espaciódromo próximo a «Constelaron», la mayor población lunar, dentro del cráter Albatros, de ciento veinte kilómetros de diámetro, fue perfecto, suave, sin choque ni vibraciones.

Nada más saltar a tierra, donde fue recibida por varios colaboradores de la «R. Y. T. C.», Ernie se volvió hacia Thelma y le dijo:

— Respira esta atmósfera artificial, querida amiga. Te aseguro que aquí se respira mejor día a día. Lo que hemos logrado en materia climática es extraordinario.

— Yo nunca creí que se pudiera subsistir aquí, a cielo abierto, más de veinte años.

— ¡Qué equivocada estás! Te enseñaré campos verdes, regados por el agua que obtenemos de la licuefacción del subsuelo. Estamos creando un ciclo de evolución natural, y no artificial, como opinan algunos científicos.

»La Luna no es un mundo muerto, ni mucho menos, sino todo lo contrario. Todavía no ha nacido del todo. Las riquezas naturales que hay aquí aún no han sido descubiertas. Dentro de un par de siglos, todo el satélite será un mundo fértil, oxigenado, limpio, con lagos y ríos, bosques ubérrimos y una campiña capaz de abastecer todas las necesidades de cien millones de habitantes.

Thelma ya conocía «Constelation». En la Tierra se llamaba la ciudad de los «lunáticos». En un principio, había sido base de investigación de la NASA. Después, al iniciarse el pacto de exploración lunar conjunto ruso-norteamericano, la base se agrandó.

Pero al abrirse la colonización, a principios del siglo XXI, con leyes ventajosas y distintas a las terrestres, se produjo una auténtica invasión en «Constelation», que ahora alcanzaba una población de casi dos millones de habitantes.

Había otra gran población, Arkadia, donde se repetía el mismo fenómeno que «Constelation», con más de un millón de habitantes y un ritmo de crecimiento espectacular.

Para la creación y asentamiento definitivo del hombre en la Luna trabajaba la «R. Y. T. C», con visión considerada utópica por

unos, y maravillosa y progresiva por otros.

Ajeno a estas diferenciaciones, Ernie Young tenía puestas grandes esperanzas en todo lo referente a la Luna. Y mientras recorrían en un vehículo eléctrico las bien trazadas calles de «Constelation», explicó a su invitada:

— Cada año veo cambiar y crecer esta ciudad. La gente es feliz aquí. Se trabaja con gusto. Se quiere demostrar a la Tierra que podemos superar todos los inconvenientes. Y el esfuerzo no resulta tan pesado como la conquista de América, gracias a la ciencia.

»Se producen millares de metros cúbicos de oxígeno por día. Todo el cráter está saturado. Con el transcurso del tiempo, y una vez iniciada la campaña agrícola exterior, la atmósfera cubrirá todo el planeta.

— Debo admitir que esto es maravilloso —confesó Thelma.

En el centro de «Constelation» había un gran edificio, de veinte pisos, enteramente de metal. Se detuvieron allí, en una plaza de magnífica urbanización.

— Ahí tenemos las oficinas de la «R.Y.T.C.»... Claro que figuran como organismos oficiales del Ministerio de Colonización. Pero las órdenes las damos nosotros. La Luna pertenece a nuestra compañía.

Capítulo VII

EL CONSEJO SECRETO

Thelma Bird ocupaba un puesto privilegiado e invisible encima de la sala circular donde se encontraba Ernie Young, sentado en un asiento giratorio. Ella podía ver, en posición invertida, naturalmente, por encontrarse en un piso superior, los veinte recuadros mágicos de la TV-3-D, los cuales, al presionar Ernie unos botones en el panel que tenía delante, fueron iluminándose sucesivamente y apareciendo en ellos las caras de veinte personas de distintas edades, doce hombres y ocho mujeres.

Aquél era, según le había informado Ernie, el Comité Ejecutivo o Consejo Superior Técnico de la «R. Y. T. C.». Las ondas de ultrafrecuencia realizaban el milagro de reunir en un lugar de la Luna a hombres y mujeres que podían encontrarse a cientos de miles de kilómetros de distancia.

Fue Ernie Young quien abrió la sesión, cuando hubo saludado a cada uno de los consejeros que aparecieron en las pantallas.

— Señores y señoras —dijo Ernie, muy serio— de acuerdo con lo decidido en la última reunión, he iniciado los contactos previos con el «E. R. I.» y estamos en condiciones óptimas para pasar al Plan CGFR-21.

— Una observación, señor Young —intervino una mujer, de edad indefinida y rasgos vagamente orientales —. El Plan CGFR-21 debería ser considerado de nuevo.

Thelma Bird, que no podía ser vista por ninguno de los consejeros de la «R. Y. T. C.», captó la sonrisa en labios de Ernie Young.

— ¿Está afectada su memoria, señora Chung, o no prestó usted atención a la lectura del plan?

— No sea irónico, señor Young. Todos saben aquí que gozo de buena memoria. ¿No es así, Kawuga?

— Cierto, Nady —replicó otro de los consejeros, también de aspecto oriental.

— De acuerdo, señora Chung —admitió Young—. Sólo ha sido una broma. No sé dónde quiere usted ir a parar.

— El Plan CGFR-21 tiende a convertirnos en una empresa monopolista en «psiónica» mundial.

— Interplanetaria —rectificó Ernie—. En realidad, el párrafo cinco, apartado 2), dice concretamente: «Nuestros intereses no radican en el desarrollo de la psicología electrónica en la Tierra.

Sucesivos planes quinquenales nos llevarán a la colonización de la Luna, Marte, Venus, Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno y Plutón».

»Ese enunciado, querida señora Chung, se refiere a un período de ciento cincuenta años.

— ¡Precisamente de eso quería hablarle, señor Young! —exclamó Nady Chung, con energía—. Tengo sesenta y dos años. ¿Dónde espera que me encuentre yo dentro de ciento cincuenta años?

— No tengo la menor duda de donde estará usted. Supongo que en el mismo lugar que nosotros. Gozaremos de eterno reposo. Pero la «R. Y. T. C.» habrá evolucionado favorablemente y los nietos o biznietos de usted pueden encontrarse en una reunión como ésta.

— ¡Precisamente, señor Young! —exclamó la señora Chung—. Nosotros no colaboramos a tan largo plazo. Somos más modestos, posiblemente porque hemos vivido más que usted y tenemos más experiencia.

Uno de los «asistentes» a la reunión, un hombre joven, de facciones inteligentes, cabellos rubios y bien peinados, intervino en favor de Ernie Young:

— Lamento disentir con la respetable señora Chung. Nadie ignora aquí todo cuanto la «R. Y. T. C.» debe a su venerable y recordado esposo, el doctor Chung. Pero mi abuelo, Patrick Ross, fue socio fundador, con el honorable Saiki Yukawe. Y de los primeros televisores, transistores y computadores binarios de aquel tiempo, en 1974, hasta ahora, han cambiado mucho las cosas.

»Yo confío plenamente en Ernie Young y sé que sus programas...

— ¡Usted está dedicado a sus carreras de bólidos, Mr. Ross, y no siente la «R. Y. T. C.» como la sentimos casi todos los presentes! —replicó mordazmente la señora Chung—. Yo he colaborado con la empresa desde su fundación y he sentido en mi alma todos los cambios...

— ¡Usted querría estar todavía en el pasado! — replicó Ernie con sequedad—. Los tiempos han cambiado. Vivimos un presente que nos desborda día a día. No le extrañe que pensemos con ciento cincuenta años de anticipación, y que nuestros planes quinquenales escalonados vayan solucionando los desajustes que se producirán.

»Lo ideal sería que no se produjese ninguno y que todo saliera de acuerdo con lo previsto. Por eso, mucho me temo, ni con la ayuda de las mejores máquinas computadoras, que no sea así. Por otra parte, querida señora Chung, el Plan CGFR-21 no lo he trazado yo.

— ¿De quién es obra?

— Del ordenador general de proyectos. Eso puede explicárselo el señor Guillén, aquí presente.

Ernie se volvió a mirar a otro individuo, quien se llevó las manos a la cabeza con expresión de desaliento. Declaró:

— Llevo reunido con la señora Chung más de veinte días, tratando de hacerle comprender que un plan no es más que...

— ¡No tiene usted que repetirme tantas veces lo que es un plan, señor Guillén! —replicó la señora Chung —. Lo sé muy bien. Aún no había nacido usted cuando yo había terminado mis estudios en la Universidad de Pekín.

Se escucharon algunos comentarios, y Ernie Young comprendió que se le escapaba el control de la reunión. Por eso pidió:

— ¡Calma, por favor! El motivo de esta reunión no se refiere al Plan CGFR-21, sino a los contactos que he establecido con el «E. R. I.».

— ¿Es cierto que has ordenado eliminar a una consejera del comité ejecutivo del «E. R. I.», Ernie?

— preguntó el deportista Ross.

— ¿Quién ha dicho eso?

— Lo oí anoche en el club. La policía de Nueva York ha averiguado que Alice Woodman, cuyo cuerpo fue hallado muerto en el río Hudson, pertenecía a la alta dirección del «E. R. I.».

— ¡Eso no es cierto, Ross! —se defendió Ernie.

— ¡Cielo santo, a qué extremo hemos llegado! — exclamó la señora Chung— ¿Has oído, Kawuga? ¡Hemos caído al mismo nivel que las fieras! ¡Mi amado esposo, al frente del «R. Y. T. C.», jamás habría recurrido al asesinato!

— ¡Basta, señora Chung! —gritó Ernie furioso—. Yo tampoco recurro a esos extremos. Y si mi labor se ha de ver entorpecida por las continuas críticas de todos los venerables abuelos de este consejo, me veré precisado a retirarme... ¡Sé muy bien que a su amado hijo, al que tiene usted dominado bajo su férula tiránica, le encantaría ocupar mi puesto! ¡Pero si este consejo comete ese error, la «R. Y. T. C.» se desintegrará en poco tiempo!

— ¡Está usted loco! ¡No quiero seguir oyendo sus disparates!

La pantalla de la señora Chung se oscureció bruscamente. Y lo mismo ocurrió con la del señor Kawuga. Un suspiro colectivo de los demás miembros representantes en la reunión llenó los oídos de Thelma y Ernie.

— ¡Ya es hora de que hagamos algo para quitárnosla de encima! —habló uno de los hombres que hasta el momento no había despegado los labios.

— Kraft tiene razón. No la soporto más — añadió otro.

— Sabemos que su hijo es un cretino, un pedante, un estúpido y un digno vástago de su padre… Y todos sabemos lo que ha sido la «R.Y.T.C.» bajo la dirección de Mr. Chung. ¡Nada más nos faltaba la viuda!

Dieciocho miembros del consejo secreto opinaban del mismo modo. Ernie Young, empero, no quiso abusar de su ventaja.

— Yo he podido capearla hasta ahora. Su mente flaquea y no tardará en retirarse. Pero su hijo no ocupará su puesto, pueden estar seguros. Y ahora hablemos de mis contactos con el «E. R. I.».

»No, Patrick Ross; yo no he ordenado matar a Alice Woodman. Ha sido cosa de Thelma Bird. Un lamentable error. Se precipitó en sus conjeturas, al recibir un informe de que Alice había tenido contactos conmigo.

»No me agradó aceptar el encargo que se me dio. Nadie debe utilizar sus encantos personales para seducir muchachas que trabajan para la competencia.

— Al decir esto, Ernie dirigió una mirada a una de las consejeras femeninas, de facciones agradables y ojos claros—. Llegué a tomar afecto a la señorita Woodman.

— ¡Eres excesivamente sentimental, Ernie! —replicó la mujer de los ojos claros.

— No quieras dártelas de despiadada conmigo, Every —replicó Ernie secamente.

— ¡Estamos metidos en un asunto de muy alta responsabilidad, Ernie! ¡Esto es como una guerra y todos los medios son lícitos!

— Yo quiero evitar la guerra. Y por eso me esfuerzo. Si fuese necesario, me casaría con Thelma Bird.

— ¿Tan fuerte es el «E. R. I.»? —preguntó Patrick Ross.

— Ha sido la mayor industria electrónica de nuestro tiempo. La muerte de sus ejecutivos ha hecho que sus accionistas nombrasen el actual equipo de mujeres. Y me consta que Thelma Bird es una mujer extraordinaria.

— Sí —habló otra mujer, no tan agraciada como Every Roony—. He sabido que ayer paseaste con ella por nuestras principales factorías.

— Thelma Bird está aquí, en «Constelation». La saqué de su despacho de Nueva York contra su voluntad. Puedo hacer que olvide todo cuanto ha visto y oído, si nos interesa. Pero estimo que nos conviene más la fusión. Ellos están ya instalados. Sus plantas de fabricación están produciendo a pleno rendimiento. Nosotros tenemos que desarrollamos todavía, aunque contemos con mayor

capital que ellos.

»Hemos invertido miles de millones en querer ser algo, sin mucho éxito. Nosotros tenemos el potencial técnico y económico, mientras que ellos poseen las grandes fábricas de producción.

»Aquí se habló de llevar a cabo la fusión. Creo que Thelma Bird está convencida. Más tarde lo sabré definitivamente.

— ¿Aceptan la fusión? —preguntó Ross.

— La aceptarán.

— Pues cuenta con mi voto de confianza, Ernie

— dijo Patrick Ross.

Ernie fue consultando con la mirada a los restantes miembros del consejo. Todos, a excepción de Every Roony, le dieron su asentimiento.

— ¿Por qué no estás tú también de acuerdo, Every?

— preguntó Ernie.

— Voy a ser sincera, Ernie. No me gustaría que Thelma Bird dirigiera lo que pueda salir de la fusión «R. Y. T. C.»-«E. R. I.».

— Será *Technical Cyborg Researches Inc.* —aclaró Ernie.

— Nosotros empuñaremos las riendas.

— Lo hará el más capacitado. Para eso están las ordenadoras de «tests», Every. ¿O es que también tienes ambiciones?

— ¿Por qué no has venido a verme...?

— ¡Chist, Every, que lo entendemos todo! —ironizó otra mujer —. Esto es un consejo ejecutivo.

La pantalla de Every Roony se apagó también. Hubo algunas risas mal disimuladas, que no azoraron a Ernie, y Patrick Ross comentó:

— Cuidado, Ernie. Every está celosa.

La reunión electrónica concluyó en medio de bromas. Las pantallas de TV-3-D se apagaron y Ernie, con gesto de fastidio, se puso en pie y abandonó la sala. Por una escalera automática, ascendió hasta donde se encontraba Thelma, sentada sobre el foco de observación.

— ¿Qué te ha parecido?

— Una reunión muy familiar y amistosa. ¿Quiénes son?

— Gentes que viven su vida sin preocupaciones de ningún género. Accionistas de la compañía. Sus bancos les atienden maravillosamente. ¿Qué les importa a ellos que nosotros nos matemos a dentelladas?

— A ciertas mujeres parece importarles.

— ¿Te refieres a Every Roony? Te diré que posee acciones del «E. R. I.» también. Posiblemente, fue una de las que te eligieron.

— ¿Cómo es posible eso? ¡Es una necedad!

— Cree que así gana más dinero. Son teorías de su padre, un economista de la vieja escuela. Si quiebra el «E. R. I.», le quedan treinta compañías más. Al contrario de Patrick Ross, que todo se lo gasta en hoteles, coches deportivos y fiestas, ella cree que su vida ha de durar doscientos años, y quiere estar prevenida.

»Una cabeza hueca, presuntuosa y poco inteligente.

— ¿Y qué hace metida en vuestro consejo?

— ¡Ah, influencias! Restos de la vieja escuela de Mr. Chung. Todo esto se habrá de acabar con los medios «psiónicos». Estoy rompiendo con los moldes clásicos.

— ¿Y cómo te eligieron, siendo tan... antiguos?

— Me eligieron los ordenadores y mi dinero. Yo no era un simple empleado. Mi padre, Henry Young, facilitó a la «R. Y. T. C.» muchas patentes.

— ¿Vive tu padre?

— No. Murió asesinado por los antiguos dirigentes del «E.R.I.».

— Lo siento, Ernie.

— Por eso lucho por la fusión.

— Temo que los accionistas del «E. R. I.» no acepten la fusión, Ernie.

— ¿Preferirán verse en la ruina?

— No creerán que eso pueda ocurrir.

— ¿Y si yo te dejo que les hables de lo que has visto?

Thelma Bird se frotó la frente con la mano izquierda, pensativa. Luego, habló, mirando a Ernie con sus grandes ojos pardos:

— Si puedo contarles todo lo que he visto, me exigirán una acción rápida, desastrosa e inmediata... ¡No viviréis ninguno o desaparecerán vuestras instalaciones! ¡Nuestro poder suele ser destructivo, si llega el caso!

— Lo sentiría mucho, Thelma. Porque nosotros no nos quedaremos con los brazos cruzados.

— La guerra industrial no nos conviene, Ernie. Tenemos que buscar otra solución. ¿Por qué no dejamos las cosas como están? Hacemos un «impasse» cordial, transigimos y conservamos nuestros respectivos puestos durante el tiempo que sea posible.

— Eso no lo aceptarían mis consejeros.

— Ni nuestros organismos auxiliares. Nosotros tenemos un consejo ejecutivo, compuesto ahora de nueve mujeres jóvenes y audaces, al que supervisan grupos comerciales, técnicos, financieros, economistas, políticos, industriales y sociales. Es mucha la gente que hay detrás de nosotros.

«Prácticamente, puedo hacer lo que me dé la gana, ¡siempre y cuando lo haga bien y a gusto de esos grupos que reciben diariamente informes de todos mis movimientos! ¡Y hasta dudo que siga siendo la presidente del comité ejecutivo después de mi desaparición!

— Nadie tiene que saber dónde has estado —dijo Ernie Young, en tono reticente—. No quisiera tener que borrar de tu mente cuanto has visto y oído.

— Más te valdría hacerlo — replicó ella.

— ¿Lo quieres?

— No. Prefiero conservar ciertos recuerdos amables.

— Gracias. Podemos hacer un pacto, sin embargo.

— ¿Cuál?

— El de confiar el uno en el otro.

— ¿No eres demasiado ingenuo?

— ¿Por qué? Yo me comprometo a informarte del momento en que termine la tregua. Es un pacto. Ya conoces nuestras intenciones. Trabaja a favor de ellas, si es que crees en su posibilidad. Si fracasas y no logras convencer a los que deben aceptar nuestros propósitos, me avisas con tiempo, a fin de poder defenderme.

— Me parece un trato bastante justo.

— Y honrado. No quiero que te suceda a ti lo mismo que a mi padre. No le dieron oportunidad de defenderse.

— El anterior comité ejecutivo del «E. R. I.» tampoco tuvo esa oportunidad.

— ¿Me creerás si te digo que yo no tuve nada que ver con ello?

— Sí, Ernie. Empiezo a conocerte. No creo que todo esto haya sido una comedia imaginativa para tomarme el pulso. Yo puedo hacer mucho en el «E. R. I.», pero no lo puedo todo. Y me costará trabajo justificar mi ausencia. Los hombres de mi escolta han debido informar ampliamente. Connie Wright ya debe estar ocupando mi asiento, en la Base Secreta que tenemos en cierto lugar, bajo las aguas del Atlántico.

Ernie Young sonrió.

— ¿Quieres que le demos un cariz sentimental?

— Nadie lo creería. Me conocen muy bien.

— Pero no me conocen a mí. Alice Woodman llegó a sentir...

— ¡Siento profundamente lo de Alice! ¡Perdí la cabeza! —confesó Thelma, apesadumbrada.

— No la he mencionado para herirte. Ésa es la norma. Ella hizo un juramento y faltó a él.

— ¡Pudo ser castigada de otro modo!

— Si su muerte sirve para evitar otras muchas, ella nos lo perdonará. Más si su sacrificio ha sido inútil, nadie perdonará esa muerte. Y ahora, Thelma, vamos a regresar al espaciódromo. Debes volver a la Tierra.

— Sí. Tenemos muchas cosas que hacer.

* * *

Dos horas después Ernie y Thelma se despedían ante la nave que iba a conducir a la joven a la Tierra. Se dieron la mano, se miraron fijamente a los ojos y él dijo:

— Trata de hacerlo, Thelma.

— Lo intentaré. Pero no te aseguro nada. Lo único que puedo decirte es que, si mi gestión fracasa, te lo comunicaré. He memorizado el número que me has dado.

— ¿Cuándo podré saber algo?

— No antes de una semana.

— Entonces, el jueves de la semana próxima, esperaré tu llamada.

— Sí.

— Adiós y buen viaje.

— Adiós, Ernie.

Capítulo VIII

PARAPSICOLOGÍA

Connie Wright, efectivamente, había ocupado la jefatura provisional del comité ejecutivo del «E. R. I.», en la base secreta submarina, donde se había mantenido un intercambio constante de noticias con la sede principal en Nueva York.

Existía la antigua creencia de que las profundidades submarinas eran incapaces de transmitir las ondas de radio. Un submarino en inmersión es algo totalmente aislado del resto del mundo, de no ser por las experiencias llevadas a cabo por la Armada de los Estados Unidos después de la II Guerra Mundial.

Tales experimentos dieron como resultado el desarrollo de las facultades extrasensoriales del cerebro humano. Después, se descubrieron las ondas micromagnéticas y el campo de las comunicaciones submarinas quedó abierto a la ciencia.

Sin embargo, todo lo que se lanza a las ondas puede ser captado por el que posea los medios adecuados. Esto hizo que los técnicos electrónicos del «E. R. I.» despreciaran el micromagnetismo y utilizaran el indetectable método parapsicológico de la «doble-pareja» humana, dos receptores y dos emisores. Hasta aquel momento, muy poca gente era capaz de captar los mensajes transmitidos por los cerebros humanos. Y, aunque esto fuese posible, era mucho más difícil desentrañar las claves que se utilizaban, y se modificaban continuamente, entre las «dobles parejas».

En unas cabinas especialmente condicionadas y aisladas del resto de la base secreta submarina, dos hombres descansaban continuamente, leyendo, viendo programas de televisión, cine u oyendo música.

Con ellos sólo podía hablar la jefe del comité ejecutivo o el director de coordinación ejecutiva de la sede central en Nueva York.

El mismo día en que Ernie Young se llevó a Thelma Bird, los «transmisores humanos» empezaron a funcionar, repitiendo sus mensajes tres veces consecutivas, para eliminar aquel ocho por ciento de error, todavía latente en los más prodigiosos «receptores».

El mensaje se cifraba primero. Su texto decía:

Thelma Bird ha sido secuestrada por un hombre joven, provisto de medios electrohipnóticos, y conducida fuera del país en un «aeroanfibio». Sospechamos que pueda tratarse de algún agente de la «R. Y. T. C.».

Todas estas palabras se podían condensar en series de ocho cartulinas, que tenían unos símbolos concretos: pez, círculo, rana, triángulo, pájaro, cuadro, perro y doble raya ondulada. El orden con que se «enviaban» los símbolos al éter formaba en sí la clave del mensaje. El nombre de Thelma Bird podía estar representado por el pez, la doble raya ondulada o el triángulo. La expresión «ha sido secuestrada» podía, a su vez, estar representada por el círculo.

Una vez ordenadas todas las cartulinas que componían el mensaje, cuyo número variaba según la extensión del mismo, se entregaban al «cerebro-emisor», quien, concentrándose detenidamente, «localizaba» el «receptor» y le transmitía los signos.

Una vez recibidos por triplicado, se rectificaban los posibles errores, y a continuación el «receptor» avisaba a la jefe del comité ejecutivo o a su departamento de coordinación, para que tradujeran el mensaje.

La respuesta se daba por el mismo procedimiento, utilizándose para ello los «emisores» y «receptores» de la base secreta submarina.

Aquel día, Connie Wright trabajó activamente, atenta a todo comunicado que pudiera llegar del exterior por aquel medio directo y seguro, así como por los procedimientos de micromagnetismo.

Después, tuvo noticias de la muerte de Alice Woodman. La agencia ejecutiva «Alwitron» confirmó, sin lugar a dudas, que la orden de ejecución la dio «S. A. 25.519 - ERI», que era la clave secreta y de mando de Thelma Bird, porque los de «Alwitron» eran demasiado profesionales para no confirmar la clave de una orden dada por videoteléfono.

Connie Wright no estaba preocupada por la muerte de Alice Woodman. Sabía, por Thelma, que recaían sobre ella ciertas sospechas a consecuencia de sus vacaciones en Miami. Lo que más le preocupaba era la extraña desaparición de Thelma.

Por esta causa, ordenó que se reuniera el comité ejecutivo en la sala de juntas, donde quedaron vacíos dos asientos.

Connie ocupó la presidencia y ordenó los documentos que tenía delante. Luego, examinó con mirada crítica a sus compañeras.

— Siento deciros que Thelma ha sido raptada... ¡Nada de alarma! La situación está controlada. No se ha perdido la cabeza ni un solo instante. Ella puede aparecer en cualquier momento. Eventualmente, ocupo su cargo.

»La situación es delicada y, por tanto, hemos de tomar decisiones importantes. Estamos seguras de que el secuestro de Thelma es obra de los ejecutivos de la «R.Y.T.C.».

— ¿Qué pruebas hay?

— El hombre que tuvo relaciones con Alice Woodman, quien parece llamarse Ernie Young, es un agente importante de «R. Y. T. C.». Tenemos grabaciones hechas durante el seguimiento de Alice Woodman. También, por medio de microamplificación, pudo grabarse la conversación sostenida entre Alice y ese hombre, cuya intención era la de acercarse a Thelma por medio de engaños. El resultado nos lo ha confirmado así.

»Por tanto, propongo lo siguiente:

1.° Aviso a la «R. Y. T. C.» para que nos devuelva a Thelma en el plazo de seis horas; de lo contrario, sabotearemos todas sus instalaciones industriales.

»2.° Acción directa, tanto si devuelven a Thelma como si no, contra esa compañía oriental, hasta su total aniquilación, para lo cual utilizaremos todos los medios a nuestro alcance.

— Estoy de acuerdo en todo — dijo una rubia de mirada dura, que estaba sentada frente a Connie.

— ¡Yo, también! —añadió otra de aquellas Venus de la dirección industrial secreta— ¡Y exijo el máximo rigor! ¡Deberíamos decapitar a la junta directiva de la «R. Y. T. C.», estrangulando esa empresa nociva, criminal y despiadada!

La votación fue por unanimidad.

— Enviaremos un mensaje a esa gente, dándoles la oportunidad de salvar la vida de Thelma.

— ¡Pero no les tendremos ninguna consideración! — exigió otra mujer.

— Por supuesto. Ahora mismo me entrevistaré con el doctor Twining y Adashi Omga. Necesito un estudio parapsicológico de la «R. Y. T. C.» a fin de comprobar nuestros informes técnicos.

»No es necesario que os retiréis. Este comité permanecerá en sesión permanente hasta que se hayan ejecutado los acuerdos tomados. Esperadme aquí. No tardaré en volver.

Al salir de la sala de reuniones, Connie Wright advirtió a sus secretarias:

— Si ocurre algo urgente, estaré con el doctor Twining.

— Muy bien, señorita Wright.

* * *

Frank Twining escuchó en silencio, al igual que su colaborador, el lama Omga, todo lo que expuso Connie Wright. Cuando ésta hubo concluido, los dos hombres intercambiaron una mirada de inteligencia.

— La situación es muy delicada — expuso el doctor Twining—.

Ya tenemos informes telementales de ciertos métodos empleados por esa compañía que nos menciona usted.

«Nosotros acostumbramos a adelantarnos también a los acontecimientos. Adashi es clarividente y sus facultades extrasensoriales se relacionan con todo lo que, de un modo u otro, está vinculado a nosotros.

«Fuimos requeridos por un alto dirigente de la «R. Y. T. C.» para colaborar con ellos. Y aceptamos, debido a que nuestras aspiraciones aquí no habían sido satisfechas a causa de la muerte de los miembros del anterior comité ejecutivo, hecho luctuoso que ocurrió a bordo de una nave orbital.

— Estoy enterada de todo eso. Lo que me interesa de modo especial es que ustedes me digan dónde está Thelma Bird y cuál es su situación. ¿Pueden hacerlo?

— Por supuesto —respondió Twining.

— ¿Ahora mismo?

— Sí… Adashi nos informará de todo, ¿verdad, amigo mío?

El tibetano asintió con su clásica inclinación de cabeza. Luego, fue a tomar asiento en una butaca reclinable, ante la que se situó el hipnotizador.

Se mencionó la palabra clave y Adashi Omga no tardó en caer en sueño profundo. Una vez en este estado, Twining le preguntó:

— ¿Puedes decirnos dónde se encuentra Thelma Bird en estos momentos?

— Duerme —dijo Adashi.

— ¿Dónde?

— En un lecho japonés… Cerca de ella, al otro lado de un débil muro, hay un hombre que domina su voluntad por medio de un difusor de rayos triónicos. No corre peligro alguno. Ha estado en trance de muerte, pero un antídoto ha disuelto el sutil gas que llevaba en su sangre.

Connie Wright parecía perpleja.

— ¿Por qué se la han llevado?

— El hombre que está cerca de ella no desea causarle ningún daño… Es un hombre joven e inteligente… Muy audaz, valiente, soñador y responsable… Yo le conozco… Su nombre es Ernie Young… Ahora sé que dirige una importante empresa electrónica, cuyos robots biónicos están causando sensación en la Luna… Él piensa llevar a Thelma Bird a recorrer todas las instalaciones de investigación de su compañía. Luego la llevará a la Luna, donde se celebrará una reunión del comité ejecutivo de la «R.Y.T.C.», en el que se estudiarán los medios de fusión de su empresa y el «E.R.I.».

Connie Wright, que ignoraba aquellos detalles, quedó sorprendida.

— ¿Fusión de nuestras empresas? Pero, ¿están locos?

Frank Twining se volvió a mirar a Connie.

— Eso es lo que dice Adashi. Nada me induce a dudar de sus palabras. Déjele continuar.

Adashi Omga tenía más cosas que decir:

— Thelma Bird será convencida por la atrayente personalidad de Ernie Young.

— Pregúntele si puede decirnos qué intenciones tiene la «R. Y. T. C.».

Twining hizo la pregunta y la respuesta fue:

— Salvo un reducido grupo disidente, los miembros del comité ejecutivo de la «R. Y. T. C.» albergan buenas intenciones, de cuyos resultados se beneficiarán todos. Pero ese grupo disidente que he mencionado es el culpable de muchos males… La señora Chung y el señor Kawuga fueron los instigadores de la ejecución del anterior comité ejecutivo del «E.R.I.».

— ¿Tiene alguna prueba de ello?

— La señora Chung y el señor Kawuga pagaron a la agencia «Infisan» la cantidad de doscientos mil dólares. Falsearon la clave de Ernie Young para dar la orden. «Infisan» recibió el dinero y creyó que procedía de Young. Fue una trampa astuta, que tendía a implicar al jefe ejecutivo de la «R. Y. T. C.», y que, por fortuna, aún no ha sido manejada contra él para provocar su dimisión.

»Esta es la situación actual. En cuanto alguien cometa un error en esta situación explosiva, las consecuencias serán catastróficas.

— ¿Para quién? —preguntó Connie Wright.

Tradujo Twining la pregunta y Adashi contestó:

— Catastróficas para toda la humanidad… Puede ser una hecatombe universal… ¡Un retroceso al pasado, porque se ha pretendido minimizar el potencial económico de la «R. Y. T. C.»!

Connie Wright tenía ya materia para meditar durante largo rato. Dejó a los dos extraños individuos en su gabinete de experiencias parapsicológicas y, en vez de regresar a su despacho o a la sala de juntas, donde continuaban reunidas sus compañeras, se dirigió a su alojamiento. Allí se encerró, sin avisar a nadie, y permaneció largo tiempo pensando.

»—Debo hacer que Twining y Adashi Omga queden incomunicados. Luego, pueden sufrir un accidente provocado cuando regresen a los Estados Unidos. Su testimonio no me interesa.

»Ésta es mi gran oportunidad y no puedo desaprovecharla. La

orden está dada. En pocas horas, nuestras agencias movilizarán sus fuerzas y la «R. Y. T. C.» será destruida. Puedo conseguir las pruebas de que ellos, por disensiones internas, ordenaron a la «Infisan» la muerte de nuestros directivos.

«Naturalmente, Thelma Bird perderá la vida o su puesto, lo que viene a ser lo mismo. Y yo me encumbraré en la cima del «E. R. I.».

»Pero ¿estoy actuando bien, Connie? Recapacita intensamente… Es esencial que no se escape nada. ¿Qué garantías me ofrecen esos dos hombres?

«Claro que si es cierto y Thelma regresa después de lo sucedido, puedo hacer que la recluyan y hasta eliminen, como ella hizo con Alice. Nuestros intereses son supremos. Los de ella, mezquinos. Es un buen argumento para convencer a nuestros comités técnicos.

¿Qué es, en realidad, la «R. Y. T. C.»? Según nuestros informes, una compañía de cibernética y biónica, de quinta categoría internacional, cuyos robots están haciendo de agricultores en la Luna, en lugares donde no hay atmósfera. ¿Y qué más? ¿Con qué medios cuentan para aspirar a la fusión con nosotros? ¿Están locos o son unos insensatos?

Connie Wright se debatió largo tiempo en dudas, hasta que el plan fue tomando consistencia en su mente. Un plan audaz, egoísta, lleno de sutilezas y astucias, en el que no participaba ninguna lealtad hacia nadie, ni a Alice Woodman ejecutada por error, ni a la mujer que, raptada por una compañía enemiga, ostentaba la dirección que ella ambicionaba.

Egoísmo natural, humano, inalterable a través de los tiempos. Pero egoísmo técnico, ambición de poder industrial, de fuerza creadora de máquinas de consumo, de electrónica ya en pleno período decadente.

Connie Wright carecía de la imaginación creadora de Ernie Young, al que sólo conocía por referencias. Sólo ambicionaba poder, dinero, y que el mundo ardiera en una lucha que en nada le afectaría, porque se sentía segura en su refugio submarino y secreto, donde nadie podía alcanzarla.

»— Si afuera se exterminan, tanto mejor. Hay demasiadas cosas que deberían desaparecer de una vez para siempre en este mundo. Luego, podríamos crear algo más amable, hermoso, proporcionado… Y, desde luego, es evidente que sobra gente en nuestras ciudades. Una guerra industrial nos vendría bien. Habrá mucho que rehacer después: trabajo, bienestar, riqueza.

La visión dantesca de una conflagración nuclear no asustaba ya a nadie en el siglo XXI. Los refugios atómicos se habían

perfeccionado lo suficiente como para ser utilizados con tranquilidad, ¡sólo por los que contaban con aquella eventualidad y disponían del dinero suficiente para costeárselos!

Connie fue sacada de su sueño de ambiciones al recibir una comunicación de la cabina de recepción parapsicológica, en la que decía:

Thelma Bird acaba de llegar de la Luna, a bordo de una astronave particular. Ronald Harvey estima que debería ser sometida a «detección mental». Sospechamos que ha sido «tratada» y «modificada» su mente.

Connie brincó de júbilo al leer aquello. ¡Allí estaba su gran oportunidad; aquel era el motivo que le faltaba!

Su respuesta fue:

— Procédase inmediatamente a la «detección psíquica». Salgo inmediatamente para allá.

Después, fue a informar de lo que ocurría a sus compañeras del comité ejecutivo.

Capítulo IX

GUERRA INDUSTRIAL

Sobre el Centro de Investigaciones Cibernéticas de Tokio, a media noche, se detuvieron cinco naves aéreas de suspensión antigravitacional. Fue sólo un instante. Eligieron los puntos más idóneos y dejaron caer sus destructivas cargas. Inmediatamente, las naves se dieron a la fuga.

Lo que sucedió segundos más tarde fue horrendo. Se produjeron cinco fragorosas explosiones. La noche pareció convertirse en día, iluminándose el cielo en un radio de cincuenta kilómetros.

Pero del centro de investigación, propiedad de la «R. Y. T. C.», no quedó ni las cenizas. Doscientos técnicos, vigilantes y personal nocturno, perecieron en el alevoso atentado.

La noticia saltó inmediatamente al éter, llegó a «Constelation», donde se encontraba Ernie Young. Pero no llegó sola. La factoría de «Ciborgs», de Osaka, también había sido destruida con granadas atómicas de gran potencia y escasa radiación.

¡Y la sede central, en Tokio, corrió la misma suerte!

Mientras el télex iba enviando aquellas desastrosas noticias, Ernie Young, desesperadamente, requirió la presencia en las pantallas de TV 3-D de todos los consejeros de la empresa.

Casi todos aparecieron con rostros descompuestos, medio dormidos, sin darse cuenta exacta de lo que sucedía, pero intuyendo que debía ser muy importante para ser requeridos a tales horas.

Muy pocos eran los que estaban enterados de los sucesos.

— Les ruego a todos serenidad y calma —fue lo primero que dijo Ernie—. Acabo de ser informado de que varias de nuestras plantas industriales han sido atacadas con explosivos nucleares y destruidas.

«Necesito el pleno apoyo de todos ustedes para actuar...

— ¿Qué está usted diciendo? —exclamó la señora Chung, descompuesta— ¿Han sido destruidas nuestras factorías y todavía nos pide apoyo para cometer más locuras? ¿Qué clase de insensato es usted, señor Young?

El señor Kawuga también aprovechó la ocasión para atacar abiertamente a Ernie. Sin embargo, éste no se arredró y gritó:

— ¡Cállense los dos! ¡No necesito su apoyo para nada! Me debo a los otros consejeros.

— Por mí puedes actuar como mejor convenga — habló Patrick Ross—. Y no seas blando, Ernie. Contraataca.

— Eso es lo que no quería hacer. Mi propósito era emplear medios pacíficos. Algo ha debido ocurrir. Por eso deseo investigar. Los informes están llegando. En cuanto tenga en mi poder la debida información, actuaré según aconsejen las circunstancias.

— ¡Eso no habría ocurrido si hubiese estado aquí mi esposo! — atacó de nuevo la señora Chung.

— ¡Basta, señora Chung! —mascculló Ernie— Su esposo está muerto… ¡Y su deber de esposa era haberse ido con él!

— ¿Qué está usted diciendo?

Habría algo que Ernie podía hacer y no había hecho nunca. Y lo hizo en aquel momento: cortó de un manotazo la comunicación con la señora Chung. Y como el señor Kawuga protestó, hizo lo propio con él.

Los demás consejeros, incluyendo a la reticente Every Roony, aplaudieron su gesto.

— Estamos a tu entera disposición — habló Pablo Guillén—. Y, desde luego, esos ataques no han de quedar sin respuesta.

— Se lo aseguro; señor Guillén. Sin embargo no quiero dar palos de ciego. Nuestro más selecto servicio de información está ya trabajando. Dentro de poco tendré los informes que necesito. Debo confesarles que estuve en tratos con Thelma Bird, como ya saben, y que casi conseguí su ayuda. Algo terrible ha debido ocurrir en el seno del «E. R. I.», ajeno a la voluntad de la señora Bird, para que se produzca este inesperado ataque.

»Desde luego, para evitar accidentes, les aconsejo que vengan todos a «Constelation». Aquí es donde únicamente creo que estarán seguros, debido a nuestros sistemas de detección.

»Si me veo precisado a actuar con dureza, no pienso dejar en pie ni una empresa del «E. R. I.». Y como no sabemos si ellos los tienen identificados…

— Yo saldré inmediatamente para «Constelaron» — dijo Every Roony—. Si alguien desea reunirse conmigo en mi nave…

Una llamada interior urgente obligó a Ernie a dejar a los consejeros ponerse de acuerdo sobre la forma de emprender su viaje a la Luna.

Le llamaban por videoteléfono desde Nueva York. Era un agente que tenía infiltrado en la sede del «E. R. I.».

— ¿Qué ocurre, Jack?

— Malas noticias, señor Young. La señorita Bird ha sido incomunicada a su regreso. El señor Harvey ha llamado a la base secreta del Atlántico, solicitando permiso para someterla a examen de «detección psíquica». El permiso ha sido concedido y Thelma

Bird ya no es la jefe del comité ejecutivo.

— ¿Ha sido el «E. R. I.» quien ha dado esa orden de ataque a nuestras factorías?

— Sí. La orden partió ayer de la Base Secreta… ¡Esto significa la guerra!

— Por supuesto, Jack. Voy a dar órdenes de atacar. Nuestros grupos de acción demolerán sistemáticamente todas las empresas del «E. R. I.».

— ¿Qué hago yo?

— Quédate ahí, lo más cerca posible de Thelma Bird. Voy a salir inmediatamente para Nueva York. Trataremos de arrebatársela a esos traidores. Quiero a Thelma con vida. Ella es la única que puede hacer que la sensatez vuelva a su cauce. Nos veremos a las nueve de la mañana en «Hillsman's».

— De acuerdo, señor Young. Estaré allí.

A partir de aquel momento, Ernie Young empezó a dar órdenes tajantes por videoteléfono, radio y sistemas de control telepático. Todo el complicado engranaje secreto de la represión, previamente montado para casos como aquél, se puso en marcha rápidamente.

Los gobiernos de los países afectados recibieron órdenes de no intervenir, por tratarse de una cuestión puramente industrial. Young informó que estaba dispuesto a pagar reparaciones de daños que se hicieran a propiedades y vidas ajenas al conflicto, pero no podía dar garantías de seguridad para nadie. El gobierno de los Estados Unidos, sin embargo, hizo causa común con el «E. R. I.», y comunicó que la fuerza pública y el ejército se pondrían de parte de la mayor empresa electrónica de la nación. Esto era tanto como admitir que el gobierno estaba vinculado al «E. R. I.».

Y Ernie Young, que ya había contado con aquella dificultad, mientras surcaba el espacio en una astronave, hizo cursar el siguiente telegrama al Presidente Cooper:

Lamentando arbitraria decisión favorecer intereses «E. R. I.», empresa industrial agresora, comunícale grandes países orientales y europeos ayudarán nuestra causa. Para evitar males mayores, ruego reconsidere decisión. De mantener postura absurda, presiones políticas acarrearán su destitución plazo tres días. T.G. 24.238-RYTC.

* * *

Pese a la enorme vigilancia que tenía la sede del «E. R. I.» en Nueva York, Ernie Young pudo penetrar en su interior con la ayuda de Jack Brewster, con quien se había encontrado, a la hora fijada, en un conocido hotel de las cercanías.

Jack facilitó a Ernie credenciales falsas, con nombre supuesto. Sólo tuvieron que colocar una fotografía de Ernie y retocar el sello en relieve. Pero Jack iba preparado para ello.

Ernie llegó solo, poco después, y detuvo el coche que conducía ante el edificio del «E. R. I.». Estaba cometiendo una temeridad y se daba perfecta cuenta de ello. La vigilancia era grande, tanto por parte del personal del «E. R. I.» como de la policía y el ejército, lo que demostraba que el presidente Cooper había hecho caso omiso del conminatorio telegrama enviado desde su nave, la cual se había quedado en órbita alrededor de la Tierra, mientras Ernie descendía en su «aeroanfibio» y se posaba sobre una carretera que conducía a Nueva York.

Todo se había efectuado tal y como Ernie lo planeó.

Al detener el vehículo, varios agentes de seguridad le rodearon. Las armas eléctricas y convencionales le apuntaron. Él no se inmutó:

— Vamos, chicos, sosegaos. No hay que alarmarse. Vengo de nuestra delegación en Chicago. —Al decir esto, Ernie mostró sus credenciales falsas y añadió—: ¿Quién se ocupa de llevar mi coche al garaje? Tengo mucha prisa.

Penetró en el vestíbulo, donde reinaba una gran actividad. Allí estaba ya esperándole Jack Brewster, en compañía de otro individuo llamado Holmes.

— ¿Dónde está ese lugar? —preguntó Ernie.

— En el último piso. No podemos subir hasta allí en los ascensores —informó Brewster, con nerviosismo—. Pero podemos llegar hasta el piso ochenta y tres. Holmes asegura que podremos abrirnos paso hasta el piso noventa utilizando gases somníferos instantáneos.

— Yo llevo algo más —dijo Ernie—. Vayamos cuanto antes. No quiero ser reconocido por alguien de la guardia de la señorita Bird, con quienes ya tuve un encuentro.

Se dirigieron a uno de los ascensores rápidos. Del piso cincuenta para arriba sólo había tres ascensores, en vez de nueve, como en la planta baja. Todos estaban vigilados. Jack Brewster, con serenidad, dijo que había sido requerido en el piso ochenta y tres para una conferencia secreta.

El agente de vigilancia pareció titubear. Al volverse, vio brillar un objeto en manos de Ernie Young. Quedó ligeramente aturdido por los rayos triónicos; luego, obedeció la orden:

— Súbanos al piso ochenta y tres.

El sujeto obedeció automáticamente. Holmes sacó de sus

bolsillos varias cápsulas metálicas, cuyos tapones desenroscó, a la vez que entregaba varias píldoras a sus acompañantes.

— Tómese esto sino les dominará el sueño dentro de poco.

Ernie ingirió dos píldoras y lo mismo hizo Jack. Segundos después, el ascensor se detenía y se descorrían sus dos puertas. Afuera estaban dos hombres de uniforme. Eran agentes de seguridad del «E.R.I.», y sólo pudieron balbucear unas palabras.

Holmes les disparó una rociada de gas mortífero de efectos instantáneos. Cayeron a tierra pesadamente. Ernie pasó sobre ellos y echó a correr por el pasillo, hasta hallar la escalera auxiliar por la que ascendió vertiginosamente.

En el piso superior, otros hombres trataron de interceptarles el paso, pero sin éxito. El gas y los disparos eléctricos del arma que ahora empuñaba Jack Brewster abatieron a los vigilantes.

Actuando a la desesperada, alcanzaron el último piso. Allí se encontraron con una puerta metálica cerrada, que no fue impedimento para ellos, pues Ernie colocó tres pequeños óvulos en distintos lugares del marco. Se ocultaron en un recodo de la escalera, hasta que se produjo la explosión que arrancó la puerta de sus ejes.

Detrás de aquel obstáculo, varios agentes de seguridad trataron de disparar sus armas. Y sólo dos lograron su propósito, pero sin éxito. El gas lanzado por Holmes obró inmediatamente.

— ¡El laboratorio está al fondo! —indicó Jack.

Alguien salió de un despacho y trató de interceptarles. Pero en esta ocasión fue el puño derecho de Ernie Young el que actuó antes que el gas somnífero, proyectándose con precisión y dureza. El hombre retrocedió, chocó contra el muro y cayó lentamente al suelo.

Mientras, Holmes, que se había adelantado, rompió una puerta de cristales, a costa de hacerse varios cortes en las mejillas. Los tres médicos que estaban en aquella moderna clínica psiquiátrica parecían sobrecogidos.

En una silla metálica, sujeta por el pecho, las manos y las piernas, se encontraba Thelma Bird. De su garganta surgió un fuerte grito al ver aparecer a Ernie Young.

Dos de los médicos trataron de defenderse. Uno de ellos empuñó un instrumento metálico, que duró poco en sus manos. Tanto Ernie como sus dos compañeros eran expertos en diferentes tipos de lucha sin armas. Allí no quisieron emplear el gas, que habría dormido también a Thelma.

Los puños y los golpes de kárate fueron también efectivos.

Cuando cayeron dos de los médicos, el tercero, que se había refugiado detrás de una mesa, gritó:

— ¡No me peguen! ¡Hagan lo que quieran!

— Hemos venido a buscarla a ella… ¡Desátela!

Ernie se acercó a Thelma y sonrió ante el asombro de la joven.

— No podía abandonarte en estos momentos. Hemos cometido algunos errores, pero todo es perdonable en los humanos.

— ¡Oh, Ernie; ha habido un complot! ¡He sido desposeída de mi cargo!

— ¿Quién tiene derecho a hacer tal cosa?

— Una mujer en quien confié plenamente… ¡Ha sido Connie Wright! Me ha acusado de no sé cuántas cosas.

— ¿Dónde está esa mujer?

— En nuestra base secreta.

— ¿Puedes llevarme allí?

— Oh, eso es imposible. Un yate nos puede conducir hasta el lugar sobre la superficie del mar, donde está la base. Pero han de ser ellos los que suban a recogernos en un submarino.

— ¿Podemos sumergirnos? —preguntó Ernie, en tanto el médico soltaba las abrazaderas que sujetaban a la joven.

— Hay mucha profundidad. Pero si pudiéramos disponer de un pequeño submarino…

— ¿Servirá el «aeroanfibio»?

— Sí, es posible.

— ¡Pues vamos allá!

— ¿Y cómo salimos de aquí? —preguntó Jack Brewster—. La alarma ha sido dada ya. Dentro de poco tendremos aquí a toda la fuerza de seguridad.

— Yo sé cómo podemos conseguirlo —dijo Thelma, ya libre, mientras se frotaba las muñecas.

— ¿Cómo?

— Venid conmigo. Tenemos un departamento secreto con pequeños aparatos que son como torpedos o cohetes aéreos. El disparo los lanza a gran distancia y altura. Luego, se puede planear con ellos y caer al mar. Tienen una gran utilidad para casos de emergencia.

Thelma les llevó hasta una sala, cuya puerta abrieron con pequeñas cargas explosivas. Dentro, tras un mamparo metálico, sobre pequeñas rampas, había doce obuses de aluminio, que podían albergar cómodamente a una persona.

— Hay que meterse ahí y cerrar la escotilla — dijo Thelma, señalando uno de aquellos aparatos—. Esos son los mandos. Cuando

se termina la energía retropropulsora, automáticamente surgen los planeadores y dos paracaídas. Dispone también de un pequeño motor alimentado con batería, gracias al cual podemos llegar a la costa. Todo ha sido perfectamente calculado, incluso el ángulo de lanzamiento.

— ¿Y los vehículos voladores de la policía y del ejército que vigilan ahí arriba? —preguntó Jack.

— No podrán interceptarnos. Saldremos disparados de aquí a gran velocidad. Ni siquiera podrán seguirnos. Necesitaríamos que alguien fuera a recogernos a la playa de Seaside Park.

— ¿Iremos a caer allí? —preguntó Ernie, sacando una especie de pitillera de cuero del bolsillo—. Yo arreglaré eso. Podéis ir entrando. No podemos perder tiempo.

— ¿Qué es eso? —preguntó Thelma.

— Una miniatura de radio de microfrecuencia… ¡Hola! ¿Wolf? Soy Ernie. Dirígete a Seaside Park… Lleva el «aeroanfibio» grande. Somos cuatro. Corto Vamos a salir volando de la sede central del «E.R.I.» en Nueva York. Adiós, Wolf.

Jack Brewster ya estaba dentro de su proyectil y cerraba por dentro la escotilla. Se oyeron gritos al fondo, procedentes de la escalera.

— ¡Aprisa! — apremió Thelma.

Se dirigió a un panel y accionó el control que abría las ventanas de aquel piso último del rascacielos.

Ernie ayudó a Thelma a entrar en su proyectil. Luego, se metió él en otro contiguo. No había terminado de cerrar la escotilla, cuando el cohete ocupado por Brewster emitió un agudo silbido y salió despedido hacia el aire, atravesando limpiamente la ventana abierta.

Le siguió Holmes, que tuvo la mala suerte de ir a chocar contra un enorme helicóptero de vigilancia del ejército. Ambos aparatos, envueltos en llamas, se desplomaron sobre una de las calles adyacentes. El pánico cundió por todas partes.

Los cohetes de Ernie y Thelma salieron sin tropiezo, para realizar una parábola de más de cien millas, e ir a caer sobre las aguas del Atlántico con una suavidad maravillosa.

Allí estaba ya Brewster, con la escotilla abierta, haciendo funcionar el motor eléctrico y maniobrando el pequeño timón, para acercarse a ellos.

— ¿Dónde está Holmes?

Nadie pudo explicarse la ausencia del compañero de Jack. Ninguno había presenciado el accidente.

— Algo ha debido ocurrirle —dijo Thelma Bird—. Ahora, hemos de dirigirnos a la costa. Estamos a tres millas y media.

Con las escotillas abiertas, sustentados por los planos horizontales de planeo y desembarazados ya de los paracaídas, los tres proyectiles de aluminio se dirigieron hacia tierra. Mucho antes de llegar, apareció sobre ellos el «aeroanfibio», tripulado por Wolf Reeken, chófer y piloto de Ernie, quien, al descubrirles, amerizó junto a ellos y los izó a bordo de su vehículo.

Wolf, con la compuerta abierta, les dio la mano y sonrió a todos, especialmente a Thelma, a la que había conocido durante su viaje a la Luna, días atrás.

— ¿Cómo está usted, señorita Bird?

— Bien, señor Reeken. Ahora dirigirá usted este vehículo hacia la conjunción del paralelo 40° con el meridiano 60°. Sobre aquel punto, exactamente, realizará una inmersión de ciento sesenta metros.

Capitulo X

LA REENCARNACIÓN DE ALICE WOODMAN

En el «aeroanfibio», Ernie llevaba armas ultrasecretas, ocultas en una caja metálica de seguridad, que, al ser abierta, reveló tres extrañas armas, de diseño ultramoderno y que tenían cierto parecido con las antiguas pistolas ametralladoras de cañón corto.

Sin embargo, éstas llevaban una esfera metálica, enteramente cubierta de pequeños agujeros en su parte delantera.

— ¿Qué es eso? —preguntó Thelma.

— Proyectores de rayos biocósmicos — contestó Ernie.

— ¿Y qué proyectan? Quiero decir, ¿qué efectos causan?

— Al presionar este disparador, se paraliza totalmente la vida que esté situada delante, en un arco de ciento ochenta grados... ¡Paralización total!

— ¡Cielos! —exclamó Jack Brewster— ¡Debe ser un arma terrible!

— Es lo más benigno que ha inventado el hombre. No causa ningún daño al organismo humano. Paraliza sus órganos vitales y los mantiene insensibles durante veinte o treinta horas. Luego, la víctima se recupera como si despertase de un sueño profundo. La efectividad de esta arma es su extraordinaria potencia. Un solo disparo puede insensibilizar a varias divisiones situadas en su radio de acción, que es de seis kilómetros. Esto es lo que dice su inventor, el arma perfecta. No daña y paraliza todos los organismos biológicos.

— Nadie puede, pues, interponerse en nuestro camino — dijo Jack, entusiasmado—. ¿Por qué no las utilizó en Nueva York?

— Ésa era mi intención. Unas cuantas descargas desde el aire, y toda la ciudad hubiese quedado inmovilizada. Lo malo son los vehículos en marcha.

— Comprendo —asintió Thelma.

El «aeroanfibio» volaba a gran velocidad sobre las aguas del Atlántico, pilotado por el experto Wolf Reeken, mientras, en el compartimiento trasero, capaz para cinco o seis personas, se preparaban Ernie y Jack Brewster.

— Podrá penetrar el «aeroanfibio» en la base secreta, ¿verdad?

— Sí, por supuesto. Y aunque nos detecten, la confianza que tiene Connie Wright en los medios defensivos de la base le aconsejará dejar que nos acerquemos. Allí es fácil entrar. Lo difícil será salir.

— Explícame cómo es el lugar.

— Una gran caverna natural, de origen volcánico. Nuestros técnicos la descubrieron mientras instalaban los «reíais» electrónicos de comunicación intercontinental. Nosotros arreglamos la entrada e hicimos lo demás. No es fácil desalojarnos de allí, ni siquiera con bombas atómicas. Millones de toneladas de roca nos protegen.

«Renovamos el aire, instalamos luz eléctrica y construimos nuestras dependencias. Pero si este aparato emerge frente a los edificios y disparan esos fusiles de rayos biocósmicos, todo está solucionado. Yo tomaré el control inmediatamente del «E. R. I.» y daré las órdenes de acabar con la guerra.

— ¿Te obedecerán? —preguntó Ernie.

— ¡Naturalmente! Haré una alocución pública a nuestras delegaciones. Sólo tengo que cerrar la boca de Connie Wright. Tenemos influencia hasta en el gobierno de los Estados Unidos.

Ernie sonrió.

— Temo que esa influencia haya terminado ya… ¿Ves este aparatito que llevo detrás de la oreja, sujeto con una cinta? Es un receptor de radio de gran frecuencia. Estoy recibiendo información desde mi despacho central. Y me han comunicado, no hace mucho, que una flota orbital de diez mil cohetes viene hacia América, para apoyar nuestros derechos de libre comercio.

»El presidente Cooper ha pedido que se retire esa flota y ha ordenado que la fuerza pública y el Ejército abandonen las delegaciones del «E. R. I.».

— Preparados para la inmersión —avisó en aquel instante Wolf Reeken—. Estamos llegando al punto de destino.

— Adelante, Wolf, Zambúllete en las profundidades — ordenó Ernie, empuñando uno de los proyectores de rayos biocósmicos—. Toma uno, Thelma. Y tú otro, Jack. No sabemos lo que puede ocurrir. Pero en cuanto yo dé la orden, debemos inmovilizar a todo el que se ponga delante de nosotros.

El «aeroanfibio» inclinó la proa hacia el mar. Nada más entrar en contacto con el agua, Wolf manejó los controles de inmersión, cerró los reactores y conectó acto seguido el dispositivo de hélices submarinas.

Como un pez de plata, el aparato se adentró velozmente hacia las profundidades, encendiendo a la vez un potente foco.

Thelma indicó el camino por el túnel, al llegar a las rocas del fondo. Una vez allí, Wolf moderó la velocidad, de suerte que llegó hasta el extremo del túnel.

— ¡Ahora, arriba rápidamente! — ordenó Thelma.

— Abre las compuertas en el mismo instante en que salgamos a la superficie —añadió Ernie, empuñando firmemente su arma pavorosa.

La nave enderezó la proa y todos hubiesen caído por el suelo, de no estar bien sujetos a los asientos por los cinturones de seguridad que se ataron previamente.

En cuanto emergieron en la superficie, algo bruscamente, Ernie ya saltaba, libre del cinturón, hacia la compuerta que se abría ante él. Vio los submarinos que se acercaban y a la gente que se alineaba cerca de los muelles.

— ¡Nos estaban esperando! ¡Ahí va eso! — gritó Ernie, oprimiendo el disparador de su arma.

En los agujeritos de la esfera metálica parecieron brotar numerosos puntos azules e ígneos. Un siseo gigantesco llenó el aíre. En los embarcaderos, la gente empezó a desplomarse. Algunos cayeron al agua, lo que no significaba ningún peligro, puesto que cuando se recobrasen lucharían para salir de donde estaban; en caso contrario, se ahogarían.

La inmensa mayoría cayó en tierra, dentro de los submarinos y en los edificios y laboratorios de investigación.

Cuando los cuatro incursores desembarcaron poco después, sólo vieron cuerpos caídos en posturas grotescas. Seres inmóviles, sin respiración, ni vida, al parecer. Lo que hizo preguntar a Thelma:

— ¿Estás seguro de que volverán a la vida?

— Absolutamente seguro. Todos al mismo tiempo. No te respondo, sin embargo, de los que han caído al agua. Si no vuelven rápidamente a la superficie, pueden ahogarse. Como comprenderás, no podía detenerme en avisarles que retrocedieran.

Después supieron que uno de los submarinos había seguido su rumbo para ir a estrellarse contra el fondo del lago subterráneo y hundirse. Los otros sólo quedaron encallados.

Pero la Base Secreta del «E. R. I.» fue ocupada por sólo cuatro personas, sin más esfuerzo que el de apretar un disparador.

* * *

La alocución televisada de Thelma Bird obró el milagro. Ya se habían iniciado los primeros encuentros entre agentes de la «R. Y. T. C.» y del «E. R. I.». En San Francisco, por ejemplo, fueron demolidas tres instalaciones del «E. R. I.» y murieron más de cinco mil personas.

El pánico se extendía ya por el mundo, y los grupos de

saboteadores luchaban contra los vigilantes de las delegaciones y factorías.

Por suerte, Thelma Bird, desde la Base Secreta, tenía medios para hacerse oír. Ernie tuvo que ayudarla a poner en marcha los controles de difusión, cuyos técnicos habían quedado tendidos ante sus puestos de trabajo.

Las palabras de Thelma fueron enérgicas y contundentes. En primer lugar, acusó a Connie Wright.

— Se trata de una mujer intrigante y ambiciosa, que, aprovechando mi estancia en la Luna, donde había ido a gestionar un acuerdo con el jefe de la «R. Y. T. C.», para una posible fusión, ha tratado de desacreditarme. Ronald Harvey, en Nueva York, estaba de acuerdo con ella.

»Pero no habrá lucha. Ordeno que se suspendan todos los actos de agresión por parte del «E. R. I.», pues la «R. Y. T. C.» hará lo mismo.

»Es inútil que tratemos de hacernos daño, cuando, dentro de poco, todos seremos una misma empresa.

»No puedo extenderme más, porque carecemos de técnicos aquí en la base. Sólo podré atender, durante las próximas veinticuatro horas, todas las llamadas que se hagan por videoteléfono intercontinental. Ni siquiera están despiertos los parapsicólogos.

»Pero lo repito: Que cese todo acto hostil.

La voz de Thelma llegó hasta las delegaciones más distantes del «E. R. I.», y fueron sus órdenes obedecidas. Fueron detenidos, en Nueva York, Ronald Harvey y sus colaboradores.

Por otra parte, Wolf y Jack recorrieron todas las instalaciones para comprobar que no había nadie en peligro de muerte, dada la complejidad de los trabajos que allí se realizaban.

Encontraron a dos hombres electrocutados y aferrados a sendos cables de alta tensión que les ocasionaron la muerte. Fue preciso dejarlos donde estaban porque no podían desconectar las redes sin ayuda.

Otra cosa que había pedido Ernie a Jack fue que buscasen al doctor Frank Twining, cosa que hizo el agente, siguiendo las indicaciones que le diera al respecto Thelma Bird.

»—Le encontraréis en ese edificio contiguo, en el alojamiento número 6.741. Viven aislados y estaban vigilados cuando salían de sus celdas. Si no están allí, los hallarán en el gabinete de psicología aplicada. El nomenclátor del vestíbulo os indicará el camino.

Efectivamente, Twining y Adashi Omga se encontraban en el gabinete de trabajo. Con ellos se encontraba, también inconsciente,

el profesor Walkess, famoso mundialmente, y al que Jack reconoció en el acto. El lama era inconfundible.

Wolf Reeken se cargó al lama sobre los hombros y Jack lo hizo con el doctor Twining. Cuando los llevaron ante Ernie, éste dijo:

— Ponedlos cómodos sobre esas butacas. Quiero hablar con ellos cuando despierten.

— ¿Qué interés siente usted por ellos? —quiso saber Jack.

— A esos dos hombres debemos el éxito obtenido. La labor que han realizado aquí, instigada por mí, ha sido muy importante. Debes saber que Adashi Omga ha permanecido en estrecho contacto mental o parapsicológico con nosotros desde que fueron secuestrados en New Brunswick, hace algunas semanas. Y que sin ayuda no hubiese podido averiguar jamás quiénes eran Alice Woodman y Thelma Bird. — ¡Ah!

* * *

Adashi Omga estrechó la mano de Ernie, sonriendo, quizá por vez primera en su vida.

— Gracias, amigo mío. Estaba seguro de que usted no nos abandonaría.

— ¿Por qué había de hacerlo, Adashi? Soy hombre de una sola palabra. Aquí estamos. Sin embargo, ocurre que se cometió un error.

»Thelma Bird se precipitó e hizo ejecutar a una muchacha inocente. Era Connie Wright la que merecía morir.

— Eso tiene fácil arreglo — intervino el doctor Twining—. ¿Verdad, Adashi?

— ¿La transmutación psíquica, doctor?

— Exactamente.

— No es aconsejable. Los reencarnados no se sienten muy a gusto en su nueva envoltura humana. Y de mujer a hombre es imposible.

— ¿De qué están ustedes hablando? —preguntó Ernie, sorprendido.

Adashi sonrió.

— ¿Cree usted en la reencarnación de los muertos?

— No. En absoluto.

— Pues puede hacerse. Es fácil. Es cosa psíquica...

— ¿Puede volver Alice Woodman a la vida?

— Exacto. Vuelve a ocupar la psiquis y el cuerpo de otra persona... ¡Pero es la propia difunta la que resucita! Su forma de ser, su modo de pensar, de actuar... Sólo ha cambiado su cuerpo.

A Thelma Bird se le había exigido, por numerosos comités técnicos, la ejecución de Connie Wright, y no tenía más remedio que dar la orden. Por eso, cuando supo que se trataba de devolver el «ser psíquico» de Alicia Woodman y eliminar el de Connie Wright accedió inmediatamente.

La experiencia se realizó aquel mismo día, en el gabinete del doctor Walkess, testigo oficial de lo que hasta el momento había sido considerado como magia absurda e increíble.

Connie Wright, a quien se había inyectado previamente una droga, estaba como amodorrada sobre una mesa. A su lado, se situó Adashi, en una silla reclinada. Y ante él, Frank Twining, que ejerció de hipnotizador.

Ernie Young, Thelma y otras mujeres del comité, que habían pedido perdón por sus errores y esperaban ser destituidas paulatinamente, también estaban presentes.

Cuando Adashi Omga estuvo dormido, Twining le dijo:

— Escucha, Adashi... Atiéndeme bien... Una mujer llamada Alice Woodman fue asesinada en Nueva York... Tú la conoces bien... Hemos de realizar su transmutación psíquica recurriendo a tus poderes supranormales...

»Está aquí —continuó Twining, después de una breve pausa— otra mujer, llamada Connie Wright, cuya vida debe concluir... Da transmutación psíquica debe realizarse... Recoge el espíritu de Alice Woodman del lugar en donde se encuentra y hazle ocupar el lugar que le corresponde en el cuerpo de Connie Wright... ¡Tienes que hacerlo, Adashi!

En su asiento, el médium se agitó inquieto, como si la orden fuese de unas características superiores a sus fuerzas. Se le vio sudar, tornarse pálido, agitarse incluso. Balbuceó unas palabras —siempre en lengua tibetana—, pero Twining insistió:

— ¡Búscala, Adashi! ¡Tienes que encontrar ese espíritu! ¡Esta mujer ha de morir de un momento a otro!

— Es preciso que esté muerta y que su espíritu se haya ido —habló Adashi, de pronto, en inglés, ¡con la voz de Alice Woodman!

El profesor Walkess, impasible, fue el encargado de la ejecución de Connie Wright, obedeciendo una seca indicación de Thelma Bird. Para ello, tomó una solución radiactiva y, por medio de una jeringuilla hipodérmica, se la inyectó en la sangre a la amodorrada Connie, quien murió en pocos segundos, sin notarlo.

— Es el método de eutanasia más perfecto —pareció disculparse el profesor Walkess.

Minutos después, Adashi Omga empezó a dar muestras de

agitación, diciendo, ahora en su lengua materna:

— ¡Ya viene...! ¡Se acerca! ¡Un espíritu sustituye a otro! ¡Ya está aquí! ¡Hagan revivir a esa mujer, pronto!

Walkess no se inmutó cuando Twining le tradujo las palabras del tibetano. Empujó la mesa sobre la que yacía el cuerpo aún caliente de Connie Wright y lo sacó de la estancia. Afuera, le aguardaba su ayudante Ryanner, a quien dijo:

— Hay que llevarla al quirófano. Hay que eliminarle la radiación que lleva en la sangre y practicarle masaje cardíaco. Tenemos poco tiempo... Avisa al doctor Werner.

Mientras, Adashi Omga se recuperaba de su agitación. Poco después se despertaba, mirando extrañado a su alrededor.

— ¿Qué ha ocurrido?

— Connie Wright ha muerto... Hemos escuchado la voz de Alice Woodman diciéndonos que debía morir y salir su espíritu de su cuerpo.

— ¿Qué crees que resultará de todo esto? —preguntó Thelma Bird, en voz baja, a Ernie.

— No lo sé. Connie Wright ha muerto. Esperemos que su cuerpo vuelva a la vida con el espíritu de Alice Woodman.

— ¿Qué sientes hacia ella, Ernie?

— No sé qué decirte.

— ¿La quieres todavía?

— Creo que sí.

— ¿Aunque haya muerto?

— Por los muertos se experimenta un sentimiento de extraña fidelidad. Es un gran vacío el que nos separa. Si volviese a vivir...

— ¿Qué, Ernie?

— Creo que volvería a enamorarme de ella —contestó él con toda sencillez.

— Lo suponía. Y no te lo reprocho. De los hombres como tú, no se puede esperar otra cosa. Sois demasiado perseverantes... ¡Ah, Ernie; llegué a creer que estaba enamorada de ti! Ahora me doy cuenta de mi error.

«Quiero seguir en mi puesto. Tengo muchas cosas que hacer antes de llegar a la fusión de nuestras respectivas empresas. Y te felicito, porque Connie poseía una figura más bonita que Alice ¡Has salido ganando!

— Y Alice, ¿cómo es realmente?

— El tipo de mujer, psicológicamente hablando, que gusta a los hombres. Es sentimental, romántica, inteligente... Una excelente compañera para toda la vida, Ernie.

— Gracias. Iré al quirófano. No quiero que esos vándalos la estropeen demasiado.

— Yo me ocuparé de la situación legal de Alice Woodman. Estoy segura que este mago tibetano posee increíbles poderes extrasensoriales.

* * *

Los ojos de Connie Wright miraron a Ernie con el espíritu de Alice Woodman. Sus labios se entreabrieron en una sonrisa de reconocimiento. Sin embargo, fue la voz de Connie Wright la que balbuceó: — Ernie... ¿Qué me ha ocurrido?... Tomé un taxi para ir a Chicago.

— No hables ahora, amor mío —musitó Ernie, acercando sus labios a los de «Connie Wright»—. Yo te lo explicaré todo.

— ¿Dónde estamos? ¿Qué sitio es éste?

— Es la Base Secreta submarina del «E. R. I.». He conseguido lo que me proponía.

— ¿De veras, Ernie?

Al cabo de unos minutos, Ernie Young admitió formalmente que Alice Woodman había vuelto a la vida. Estaba «alojada» en el cuerpo, ¡nada desdeñable, por cierto!, de Connie Wright. Pero era la muchacha dulce, sentimental y eficaz, que Ernie conoció en Miami.

— Luego te lo contaré todo, Alice —habló él, muy cerca su rostro del de la joven—. No vas a creerlo. Han ocurrido muchas cosas. Nuestras compañías van a fusionarse en breve. Ya no habrá más guerra entre nosotros. Los responsables de la ejecución del anterior comité del «E. R. I.», que pertenecían a mi propio consejo ejecutivo, ya han sido arrestados y pagarán sus culpas.

»Thelma Bird está trabajando eficazmente para la unión... Yo voy a tomarme un par de años de descanso. ¿Quieres venir conmigo, Alice?

— ¡Oh, sí, Ernie!

— Antes quiero que te veas en un espejo, querida. Ven, levántate. Mírate ahí.

Había un espejo que él había hecho traer expresamente.

Alice se miró en él y lanzó un grito.

— ¿Qué es esto? ¡Es... Connie Wright!

— No. Eres tú, querida —dijo Ernie, abrazándola—. Eres tú, que has vuelto de donde jamás recordarás haber estado, hasta que regreses definitivamente algún día. Porque nadie puede librarse de la muerte.

FIN